



EL HOGAR

EL HOGAR

Efesios 6:1-4

HIJOS SUMISOS

Efesios 6:1-4

Aquí llegamos no solamente al comienzo de un nuevo capítulo en la epístola de Pablo a los efesios, sino también a una nueva subdivisión y a un nuevo tema—la relación de hijos y padres. A medida que lo enfocamos es muy importante para nosotros recordar que esto es solamente otra ilustración del gran principio que el apóstol ha establecido en el capítulo previo y que ahora desarrolla en términos de nuestras diversas relaciones humanas.

Este principio está expresado en 5:18: "No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu". Esa es la clave—y todo lo que dice de allí en adelante no es sino una ilustración de cómo la vida cristiana, sea de un hombre o de una mujer, llena del Espíritu, es vivida en sus diferentes aspectos. Otro principio adicional de tipo general quedó expresado en el versículo 21, 'sometiéndooos unos a otros en el temor de Dios'. En otras palabras, debemos recordar que el apóstol está afirmando que la vida cristiana es una vida totalmente nueva, completamente distinta a la vida 'natural' aun en su mejor expresión. Su preocupación principal ha sido trazar un contraste entre esta nueva vida con la antigua vida pagana que estas personas habían vivido antes de su conversión; y es virtualmente la diferencia que hay entre un hombre que está ebrio y un hombre que está lleno del Espíritu de Dios. Les recuerdo esto a fin de acentuar que lo que aquí estamos considerando no es mera ética o moralidad; esta es la práctica de la doctrina cristiana y la verdad cristiana.

Habiendo desarrollado su principio en términos de maridos y esposas, ahora el apóstol procede a hacer lo mismo en términos de las relaciones dentro de la familia, especialmente las relaciones entre padres e hijos, y entre hijos y padres. Todos concordarán en que este es un tema de tremenda importancia en los tiempos que vivimos. Estamos viviendo en un mundo que presencia un alarmante colapso en lo que a la disciplina se refiere. El desorden es desenfrenado, existe un colapso en la disciplina en todas estas unidades fundamentales de la vida—en el matrimonio y en las relaciones hogareñas. Se ha hecho común un espíritu de licencia, y las cosas que en un tiempo se dieron por sentadas, ahora no sólo son cuestionadas y combatidas, sino ridiculizadas y despreciadas. No hay duda alguna de que estamos viviendo en una era que contiene un fermento de mal que obra activamente en toda la sociedad. Podemos proseguir más aun—y estoy diciendo simplemente algo que todos los observadores de la vida reconocen, sean cristianos o no—y afirmar que de muchas maneras estamos encarando un colapso total y un quebrantamiento de lo que es llamado 'civilización' y sociedad. Y no hay ningún aspecto de la vida en la cual esto sea más evidente y obvio que en las relaciones entre padres e hijos. Sé que mucho de lo que estamos presenciando probablemente es una reacción hacia algo que fue desafortunadamente demasiado común al final de la era victoriana y en los primeros años del presente siglo. Después tendré más que decir al respecto, pero aquí lo menciono de paso para destacar claramente este problema. Sin duda hay una reacción contra el tipo Victoriano de padre que era severo, legalista y casi cruel. No estoy justificando la situación del presente, pero es importante que la entendamos y tratemos de rastrear su origen. Pero cualquiera sea la causa, no cabe la menor duda que la presente situación es una parte del colapso en este asunto de la disciplina y de la ley y del orden.

En su enseñanza e historia la Biblia nos dice que esto es algo que siempre ocurre en épocas sin religión, en épocas de impiedad. Por ejemplo, tenemos una notable ilustración en lo que el apóstol dice del mundo en Romanos 1:18-32. Allí el apóstol nos da una descripción impresionante del mundo en el momento cuando vino nuestro Señor. Aquello era un estado de absoluto desorden. Y en las diversas manifestaciones de ese desorden que él enumera incluye este preciso asunto que ahora estamos considerando. En primer lugar dice en versículo 28, "Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen". Luego continúa la descripción: "Estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia... ". En esta horrible lista el apóstol Pablo incluye la idea de la desobediencia a los padres. Nuevamente, en la segunda epístola a Timoteo, probablemente la última carta que haya escrito el apóstol, lo encontramos diciendo lo siguiente en 3:2: "En los postreros días vendrán tiempos peligrosos". Luego establece las características de esos tiempos: "Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios".

En ambos casos el apóstol nos recuerda que en épocas de apostasía, en tiempos de grave impiedad y carencia de religión, en épocas cuando los mismos fundamentos son sacudidos, una de las más impresionantes manifestaciones del desorden es la 'desobediencia a los padres'. De modo que es de ninguna manera sorprendente que aquí llame la atención a este asunto al darnos ilustraciones de cómo se manifiesta la vida que es 'llena del Espíritu' de Dios. ¿Cuándo comprenderán y se darán cuenta las autoridades civiles que existe una conexión indisoluble entre la ausencia de Dios en las gentes y una carencia de moralidad y comportamiento decente? Existe un orden en estos asuntos. "Porque la ira de Dios se revela desde el cielo" dice el apóstol en Romanos 1:18, "contra toda impiedad e injusticia de los hombres". Si tiene impiedad, siempre tendrá injusticia. Pero la tragedia es que las autoridades civiles—sin diferencia del partido político que esté en el poder—parecen ser gobernadas todas por la psicología moderna más que por las Escrituras. Todas ellas están convencidas de que pueden tratar directamente con la injusticia, como si fuese cosa independiente. Pero eso es imposible. La injusticia siempre es el resultado de la impiedad; y la única esperanza de volver a tener cierta medida de justicia en la vida consiste en tener un reavivamiento de la santidad. Eso es precisamente lo que el apóstol está diciendo a los efesios y a nosotros. En la historia de este país y de cualquier otro país, los mejores períodos, las épocas de mayor moralidad han sido aquellas que siguieron a los poderosos avivamientos religiosos. Este problema del desorden, y de la falta de disciplina, el problema de los hijos y de la juventud, sencillamente no existía cincuenta años atrás, como existe hoy. ¿Por qué? Porque aún estaba en operación la gran tradición del avivamiento evangélico del siglo dieciocho. Como fue quedando en el pasado, estos terribles problemas morales y sociales vuelven, tal como lo enseña el apóstol y tal como siempre han vuelto a lo largo de los siglos.

Por eso las condiciones actuales requieren que miremos a la declaración del apóstol. Creo que padres e hijos cristianos, familias cristianas, tienen una oportunidad singular de testificar al mundo actual por el solo hecho de ser diferentes. Podemos ser verdaderos evangelistas mostrando esta disciplina, esta ley y orden, esta relación correcta entre padres e hijos. Podemos ser el instrumento en la mano de Dios para que muchas personas lleguen al conocimiento de la verdad. Por lo tanto considerémoslo de ese modo.

Además existe un segundo motivo por el cual todos necesitamos esta enseñanza. De acuerdo a las Escrituras, no sólo la necesitan aquellos que no son cristianos tal como he estado indicando, sino también las personas cristianas necesitan esta exhortación, puesto que con frecuencia el diablo se introduce sutilmente en este punto tratando de descarriarlo. En el capítulo quince del Evangelio de Mateo nuestro Señor considera este asunto con los religiosos de su tiempo puesto que ellos estaban evadiendo de manera muy sutil uno de los requerimientos claros de los Diez Mandamientos. Los Diez Mandamientos les mandaban a honrar a sus padres, respetarlos y cuidarlos, pero lo que pasaba era que algunas de aquellas personas que se preciaban de ser ultra religiosas, en vez de estar haciendo lo que les decía el mandamiento, decían: "Ah, yo he dedicado este dinero, que es mío, al Señor; en consecuencia no puedo ocuparme de ustedes, que son mis padres". Esta es la forma en que lo expresó el Señor: "Pero, vosotros decís: cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre". Ellos estaban diciendo, "Esto es Corbán, esto está dedicado al Señor. Por supuesto me gustaría ocuparme de ustedes y ayudarles, y todo lo demás, pero esto ha sido dedicado al Señor". De esta manera ellos estaban descuidando a sus padres en cuanto a sus deberes hacia ellos.

Aquel era un peligro muy sutil, un peligro que aún persiste con nosotros. Hay personas jóvenes que en la actualidad causan gran daño a la causa cristiana porque son engañados por Satanás en este preciso aspecto. Son personas que se comportan rudamente con sus padres, y lo que es más grave aun, lo hacen así en términos de sus ideas cristianas y de su servicio cristiano. De esa manera son una piedra de tropiezo a sus propios padres inconversos. Estos cristianos no logran comprender que al convertirnos en cristianos no ponemos de lado estos grandes mandamientos, sino que, al contrario, debíamos estar practicándolos y ejemplificándolos mucho más de lo que lo hemos hecho hasta ahora.

Notemos entonces, a la luz de estas cosas, cómo expresa el apóstol este asunto. El comienza con los hijos, usando el mismo principio que ha utilizado en el caso de la relación matrimonial. Es decir, comienza con aquellos que están bajo obediencia, con aquellos que deben estar en sujeción. El había comenzado con las esposas y luego prosiguió con los maridos. Aquí comienza con los hijos para luego proseguir con los padres. Lo hace de esta manera porque está ilustrando este punto fundamental, 'sometiéndooos unos a otros en el temor de Dios'. El mandato es, 'Hijos, obedeced a vuestros padres'. Y luego les recuerda el mandamiento, 'Honra a tu padre y a tu madre'. De paso notamos un punto interesante aquí. Una vez más tenemos algo que distingue el cristianismo del paganismo. En estos asuntos los paganos no relacionaban la madre con el padre, sino que hablaban solamente del padre. Pero, la posición cristiana, como en efecto la posición judía, tal como le fue dada por Dios a Moisés, pone a la madre junto al padre. El mandamiento es que los hijos deben obedecer a sus padres, y la palabra 'obedecer' no sólo significa escucharles, sino prestar atención comprendiendo que se está bajo autoridad, prestar atención 'en sumisión'. Sumiso, está esperando un mandamiento, y no sólo escucha, sino reconoce su posición de subordinado y entonces procede a ponerla en práctica.

Pero, es de suprema importancia que esta obediencia sea gobernada y controlada por la idea paralela de 'honrar'. 'Honra a tu padre y a tu madre'. Esto significa 'respeto' o 'reverencia'. Esta es una parte esencial del mandamiento. Pero, los hijos no deben limitarse a una obediencia mecánica y bajo protesta. Eso sería totalmente equivocado; sería observar la letra pero no el espíritu. Eso es lo que nuestro Señor condenó tan severamente en los fariseos. No, ellos deben observar el espíritu tanto como la letra de la ley. Los hijos deben reverenciar y respetar a sus padres, y deben comprender la posición que les corresponde entre ellos, y deben regocijarse en

ella. Deben considerarla un gran privilegio, y por lo tanto hacer todo lo que esté de su parte para demostrar esta reverencia y respeto en cada cosa que hagan.

La apelación del apóstol implica que los hijos cristianos debieran constituir todo un contraste respecto de los hijos impíos que generalmente muestran una falta de reverencia hacia sus padres y que pregunta: "¿Quiénes son ellos?" "¿Por qué he de prestarles atención?" Consideran a sus padres como 'figuras secundarias' y al hablar de ellos lo hacen en forma irrespetuosa. En todo este asunto de la conducta se afirman a sí mismos defendiendo sus derechos y su 'modernismo'. Eso era lo que ocurría en la sociedad pagana de la cual provenían estos efesios, tal como ocurre en la sociedad pagana de la actualidad que nos rodea. Constantemente leemos en los diarios como se manifiesta este desorden y cómo los hijos 'están madurando a edad más temprana' por utilizar la terminología en boga. Por supuesto no hay tal cosa. La psicología no cambia. Lo que cambia es la mentalidad y la perspectiva que conduce a la agresividad y a un fracaso en cuanto a fundamentar el gobierno en principios bíblicos y enseñanzas bíblicas. Por todas partes uno oye de esta realidad. Jóvenes que hablan irrespetuosamente a sus padres, que los miran irrespetuosamente, que desprecian lo que ellos dicen, imponiéndose a sí mismos y haciendo valer sus propios derechos. Esta es una de las manifestaciones más horribles de la pecaminosidad y del desorden de nuestro siglo. Ahora bien, en oposición a semejante comportamiento el apóstol dice: "Hijos, obedezcan a vuestros padres; honren a su padre y a su madre, trátenlos con respeto y reverencia, demuestren comprender su posición y lo que ella significa".

Pero, consideremos ahora las razones del apóstol para darnos este mandamiento. El primero es—y lo menciono en este orden particular por motivos que serán evidentes más adelante—'Porque esto es justo'. Con esto él quiere decir: Es una actitud justa, es algo que es esencialmente correcto y bueno en y por sí mismo. ¿Le sorprende que el apóstol lo ponga de esta manera? Existen ciertas personas cristianas—generalmente se precian de tener un nivel especial de espiritualidad—que siempre se oponen a este tipo de razonamiento. Ellas dicen: "Ya no pienso conforme al nivel natural; ahora soy un cristiano". Sin embargo, el gran apóstol habló de esa manera. El dice, 'Hijos, obedeced a vuestros padres'. ¿Por qué he de obedecer a mis padres?, pregunta alguno. Su primera respuesta es ésta, 'Porque esto es justo'; esto es algo justo que se debe hacer. El cristiano no desprecia ese nivel, más bien comienza con el nivel natural.

En otras palabras, lo que Pablo quiere decir por 'justo' es esto: El está retrocediendo al orden de la creación establecido en el comienzo mismo allí en el libro de Génesis. Ya hemos visto que al considerar a los maridos y sus esposas hizo exactamente lo mismo; retrocedió y presentó una cita del segundo capítulo de Génesis: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a la mujer, y los dos serán una sola carne". El no vaciló en presentar la relación matrimonial diciendo: "Yo solamente les pido que hagan lo que es fundamental, lo que es natural, lo que ha sido establecido desde el comienzo mismo en cuanto al hombre y a la mujer, al marido y la esposa". Y ahora nos dice eso con respecto al tema de los hijos. El principio quedó establecido allí en el comienzo, siempre ha sido así, esto es una parte del orden de la naturaleza, es una parte de la regla básica de la vida. Es algo que no solamente encuentra entre los seres humanos, sino que opera también entre los animales. En el mundo animal la madre cuida de su cría recién nacida, se ocupa de ella, la alimenta, la protege. No sólo eso, también le enseña cómo hacer diferentes cosas—a un pequeño pájaro le enseña como usar sus alas, a un pequeño animal como caminar y tropezar y abrirse paso. Este es el orden de la naturaleza. En su debilidad e ignorancia la joven criatura necesita la protección, dirección, ayuda e instrucción que le es dada por sus padres. Por eso el apóstol dice: 'Obedeced a vuestros padres.. porque esto es justo'. Los

cristianos no están divorciados de un orden natural que se encuentra en todas partes de la creación.

El solo hecho que esto tenga que ser dicho a personas cristianas es lamentable. ¿Cómo es posible que la gente pueda desviarse en un solo punto de algo que es tan patentemente obvio y que pertenece al orden y curso mismo de la naturaleza? Incluso la sabiduría del mundo lo reconoce. Hay personas alrededor de nosotros que no son cristianas pero que son firmes creyentes en la disciplina y el orden. ¿Por qué? Porque la totalidad de la vida y la totalidad de la naturaleza lo indica. Es algo ridículo y necio que un vástago se rebele contra sus padres y se rehúse a escuchar y obedecer. Algunas veces vemos que los animales lo hacen y lo consideramos ridículo. ¡Pero cuánto más ridículo es cuando lo hace un ser humano! Es algo antinatural que los hijos no obedezcan a sus padres; están violando algo que evidentemente es una parte de la trama de la naturaleza humana, algo que se ve desde donde se lo mire. La vida ha sido planificada sobre esta base. Y por supuesto, si no fuera así, pronto la vida se convertiría en un caos y terminaría con su propia existencia.

'¡Porque esto es justo!' Hay algo acerca de este aspecto de la enseñanza del Nuevo Testamento que me parece sumamente maravilloso. Nos demuestra que no debe separar el Antiguo Testamento del Nuevo Testamento. No hay nada que demuestre más la ignorancia de un cristiano que cuando éste dice, "Por supuesto, ahora que soy cristiano no estoy interesado en el Antiguo Testamento". Eso sería totalmente equivocado, pues, como el apóstol nos lo recuerda aquí, el mismo Dios que hizo la creación en el comienzo, es el Dios que ahora salva. Desde el comienzo hasta el fin es el mismo Dios. Dios hizo al hombre y a la mujer, a los padres y a los hijos; y lo hizo a través de toda la naturaleza. Dios lo hizo de esa manera, y la vida debe desarrollarse siguiendo esos principios. De manera que el apóstol comienza su exhortación diciendo virtualmente esto: "Esto es justo, esto es básico, esto es fundamental, esto es parte del orden de la naturaleza. No retroceda en cuanto a este punto; si usted lo hace está negando su fe cristiana, está negando al Dios que estableció la vida conforme a este modelo y lo hizo desarrollarse siguiendo estos principios. La obediencia es justa.

Ahora bien, habiendo hablado de esta manera, el apóstol prosigue presentando un segundo punto. Esto no sólo es justo, afirma, sino también es 'el primer mandamiento con promesa'. 'Honra a tu padre y a tu madre; que es el primer mandamiento con promesa'. El apóstol quiere decir que honrar a los padres no sólo es esencialmente correcto, sino que en realidad es una de las cosas que Dios destacó en los Diez Mandamientos. Este es el quinto mandamiento, 'Honra a tu padre y a tu madre'. Aquí nuevamente hay un punto interesante. En cierto sentido no había nada nuevo en los Diez Mandamientos. ¿Por qué entonces los dio? Lo hizo por el siguiente motivo: la humanidad, incluso los hijos de Israel, en su pecado y en su necedad había olvidado y se había apartado de estas leyes fundamentales provenientes de Dios referidas a la vida entera. Entonces, en efecto Dios dice: "Voy a exponerlos otra vez uno por uno; los voy a escribir y subrayar de manera que la gente pueda verlos claramente". Siempre había sido incorrecto ser desobediente a los padres; siempre había sido incorrecto robar y cometer adulterio. Aquellos reglamentos no tuvieron su origen con los Diez Mandamientos. El propósito de los Diez Mandamientos era que estos quedasen grabados en la mente de la gente, que quedasen establecidos claramente; son una forma de decir, "Estas son las cosas que ustedes deben observar". ¡Con el primer mandamiento con promesa, el quinto mandamiento del decálogo! Dios se ha esforzado de manera especial para llamar la atención a este asunto.

¿Qué quiere decir el apóstol con la expresión, 'Primer mandamiento con promesa'? Este es un punto difícil y nuestra respuesta no puede ser totalmente conclusiva. Obviamente no

significa que éste sea el primer mandamiento que venga acompañado de una promesa, porque se nota que ninguno de los otros mandamientos está acompañado por promesa alguna. Si fuese correcto decir que los mandamientos seis, siete, ocho, nueve y diez están acompañados de promesa, entonces podríamos decir, "Por supuesto quiere decir que éste es el 'primero' de los mandamientos acompañados de una promesa". Pero los otros mandamientos no están acompañados de promesa, por eso no puede ser éste el significado. ¿Qué significa entonces? Podría significar que aquí en este quinto mandamiento comenzamos a tener instrucciones referidas a nuestras relaciones los unos con los otros. Hasta ahora los mandamientos han tratado nuestra relación hacia Dios, su nombre, su día, y sucesivamente. Pero aquí la atención se vuelve a nuestras relaciones los unos con los otros; de modo que en ese sentido, este puede ser el primer mandamiento. Sin embargo, por encima de esto puede significar que es el primer mandamiento, no tanto en orden como en rango, que Dios se sintió tan ansioso por grabarlo en la mente de los hijos de Israel que, a fin de darle mayor fuerza le añadió esta promesa. Primero, por así decirlo, en rango, ¡primero en importancia! No es que al final de cuentas alguno de estos sea más importante que los otros, puesto que todos son importantes. Sin embargo existe una importancia relativa, y yo quisiera considerarlo como tal, es decir, que este es uno de los mandamientos que cuando se descuide conduce al derrumbamiento de la sociedad. Nos guste o no nos guste, un quebrantamiento de la vida hogareña finalmente conducirá a un quebrantamiento de todo lo demás. Sin lugar a dudas, éste es el aspecto más amenazante y más peligroso de las condiciones de la sociedad actual. Una vez desaparecido el concepto de la familia, la unidad familiar, una vez quebrantada la vida familiar—cuando todo esto haya desaparecido—pronto habrá desaparecido toda otra lealtad. Se trata de un asunto de suprema gravedad. Y tal vez ése sea el motivo por el cual Dios acompañó este mandamiento de una promesa.

Pero yo creo que aquí encontramos otra sugerencia. Hay algo singular en esta relación entre hijos y padres, algo que señala hacia una relación aun superior. Después de todo, Dios es nuestro Padre. Ese es el término que él mismo usa; ése es el término que nuestro Señor usa en su oración modelo: 'Padre nuestro que estás en los cielos'. Entonces, por así decirlo, el padre terrenal es alguien que nos recuerda a aquel otro Padre, el Padre celestial. En la relación de los hijos hacia sus padres tenemos un cuadro de la relación de toda la humanidad original hacia Dios. Todos nosotros somos 'hijos' delante de Dios. El es nuestro Padre, 'linaje suyo somos' (Hch. 17:28). De manera que en forma muy maravillosa la relación entre padre e hijo es una réplica, un cuadro, un retrato, una predicación referida a toda esta relación que subsiste especialmente entre aquellos que son cristianos y Dios mismo. Aquí en Efesios 3:14, 15 hay una referencia a este asunto. El apóstol dice: "Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra". Algunos afirman que aquí la traducción debiera decir: 'Dios es el padre de todos los padres'. Tengan razón o no, sea como fuere, aquí existe la sugerencia de que la relación del padre y el hijo siempre debiera recordarnos nuestra relación con Dios. En ese sentido esta relación particular es única. No ocurre lo mismo en la relación entre marido y mujer que, según hemos visto, nos recuerda a Cristo y a la iglesia. Pero, esta relación nos recuerda a Dios como Padre y a nosotros como hijos suyos. Existe algo muy sagrado acerca de la familia, acerca de esta relación entre padres e hijos. Dios nos lo ha dicho en los Diez Mandamientos, por eso, llegado el momento de establecer este mandamiento particular, 'Honra a tu padre y a tu madre', lo acompañó de una promesa.

¿Qué promesa? 'Para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra'. Sin lugar a dudas, el significado original de la promesa para los hijos de Israel era lo siguiente: "Si ustedes

quieren seguir viviendo en esta tierra prometida a la cual los estoy guiando, observen estos mandamientos, particularmente éste. Si quieren experimentar un tiempo de bendición y felicidad en aquella tierra prometida, si quieren seguir viviendo allí bajo mi bendición, observen estos mandamientos, y especialmente éste". No cabe ninguna duda de que esa fue la promesa original.

Pero, ahora el apóstol generaliza la promesa porque está dirigiéndose tanto a gentiles como a judíos que se habían convertido en cristianos. Entonces dice en efecto: "Ahora bien, si quieren que todas las cosas les vayan bien, y si quieren vivir una vida larga, una vida plena sobre la tierra, honren a su padre y a su madre". ¿Significa esto que si soy un hijo o una hija responsable, necesariamente voy a vivir muchos años? No, no es ése el significado. Pero sin lugar a dudas la promesa significa que si quiere vivir una vida de bendición, una vida plena bajo la bendición de Dios, cumpla este mandamiento. Tal vez él le escoja para una larga vida sobre la tierra a modo de ejemplo e ilustración. Pero, sin reparar en la edad que tenga al dejar esta tierra, sabrá que está bajo la bendición, bajo la buena mano de Dios. No debemos considerar estos asuntos en forma mecánica. Lo que se quiere transmitir aquí es que a Dios le agrada en gran manera la gente que obedece este mandamiento, y si nos dedicamos a cumplir estos mandamientos, y éste en particular, con los motivos correctos, entonces Dios nos mirará complacido, se sonreirá al mirarnos y nos bendecirá. ¡Gracias a Dios por tal promesa!

Esto nos conduce al tercer y último punto. Nota la forma en que lo expresa el apóstol: 'Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres. Honra a tu padre y a tu madre'. La naturaleza lo dicta, pero no solamente la naturaleza, sino también la ley. Pero nosotros debemos ir más allá de eso—¡a la gracia! El orden es éste: naturaleza, ley, gracia. 'Hijos obedeced a vuestros padres, en el Señor'. Es importante que estas palabras 'en el Señor' las relacionemos a la palabra correcta. No significa 'Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor'. Mas bien es, 'Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres'. En otras palabras, el apóstol está repitiendo precisamente lo que dijo en el caso de los esposos y las esposas. 'Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor'. 'Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia'. Y al llegar a sus palabras referidas a los siervos lo hallaremos diciendo, 'Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales.. .como a Cristo'. Eso es lo que significa en el Señor. En otras palabras, éste es el motivo supremo. Debemos obedecer a nuestros padres y honrarlos y respetarlos porque esta es una parte de nuestra obediencia a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. En último análisis ése es el motivo por el cual hemos de hacerlo. La naturaleza lo dicta, la ley lo subraya, pero como cristianos tenemos esta otra razón, este motivo grande y poderoso—El nos pide que lo hagamos; es un mandamiento suyo; es una de las formas en que demostramos nuestra relación con él y nuestra obediencia a él. 'Hijos, obedeced a vuestros padres como al Señor'. Es cierto, existen aquellas razones secundarias, pero no debemos detenernos en ellas, sino obedecer el mandamiento por amor de Cristo.

Permítanme acentuar una vez más que esto es algo muy típico de la enseñanza del Nuevo Testamento. El cristianismo nunca aparta la naturaleza. No me malentiendan; no estoy diciendo 'naturaleza caída'. Estoy diciendo 'naturaleza', refiriéndome a lo que Dios creó y ordenó en el origen. En ese sentido el cristianismo nunca contradice a la naturaleza. Al principio de la era cristiana hubo personas que pensaban lo contrario, aun respecto de las relaciones matrimoniales. Por eso Pablo tuvo que escribir el capítulo siete de 1 Corintios. Algunos de los corintios argumentaban de esta manera: "Yo me he convertido en cristiano, pero mi esposa no ha hecho lo mismo, por lo tanto, por el hecho de ser yo cristiano y ella no, yo voy a dejarla". Y las esposas decían lo mismo. Pero eso es un error, dice Pablo. La fe cristiana nunca nos lleva a negar o a ir en contra de la naturaleza; Dios nunca quiso que fuéramos antinaturales. Lo que hace la fe

cristiana es elevar y santificar lo natural.

Lo mismo ocurre con la ley. El cristianismo no anula la ley como regla de vida. Lo que hace es añadirle gracia, capacitándolo a ejecutar la ley. 'Honra a tu padre y a tu madre'. La ley dio ese mandamiento, el cristianismo hace lo mismo, pero además nos da este motivo superior para obedecerlo, nos da un discernimiento y un entendimiento para hacerlo. Nosotros que somos cristianos comprendemos lo que hacemos 'como para el Señor', para el Señor que vino del cielo. Cristo vino del cielo para honrar la ley de su Padre. El guardó la ley, vivió conforme a la ley. Ahora él nos ha redimido para que fuésemos 'un pueblo particular, celoso de buenas obras', para que pudiéramos 'cumplir' la ley. El se dio a sí mismo por nosotros, 'para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Ro. 8:4). La gracia eleva el mandamiento al supremo nivel, y nosotros, por nuestra parte, hemos de obedecer a nuestros padres, y honrarlos, y respetarlos para agradar a nuestro Señor y Salvador quien nos mira desde arriba. El apóstol ya había dicho esto en Efesios 3:10: "Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales". ¿Se da cuenta que los ángeles y principados y potestades miran desde arriba al pueblo cristiano y al ver que ejemplificamos estas cosas en nuestras vidas diarias, ellos se asombran de que él, el Hijo, haya sido capaz de hacer semejante pueblo de nosotros; que nosotros podamos vivir conforme a los mandamientos de Dios en un mundo pecaminoso como éste?

Hacedlo 'como al Señor'. Obedeced a vuestro padre y a vuestra madre 'en el Señor'. Este es el mayor aliciente de todos. Esto lo complace; esta es una prueba de lo que él ha dicho; nosotros estamos comprobando su enseñanza. El ha dicho que vino al mundo para redimirnos, para lavar nuestros [pecados, para darnos una nueva naturaleza, para hacernos hombres y mujeres nuevos. Bien, dice el apóstol, pruébenlo, demuéstrenlo en la práctica. ¡Hijos, demuéstrenlo obedeciendo a sus padres; ustedes serán diferentes a (aquellos hijos arrogantes, agresivos, orgullosos, jactanciosos, de mala lengua, que les rodean en la actualidad. Demuestren que son diferentes, demuestren que tienen el Espíritu de Dios adentro, demuestren que pertenecen a Cristo. Tienen una maravillosa oportunidad; y esto será de gran regocijo y ¡placer para el Señor.

Pero, prosigamos un paso más. 'Hijos, obedeced a vuestros padres', porque cuando él estuvo en este mundo también lo hizo así. Esto es lo que encuentro en Lucas 2:51: "Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba ¡sujeto a ellos". Las palabras se refieren al Señor Jesús a la edad de doce años. Junto a José y María había estado en Jerusalén. Estaban en su viaje |de regreso y ya habían hecho un día de camino antes de descubrir que él no estaba entre su grupo. Entonces regresaron y lo encontraron en el templo (razonando y debatiendo y platicando con los doctores de la ley, refutando |sus argumentos y confundiéndolos. Ellos se sintieron perturbados y asombrados. Entonces él les dijo "¿No sabéis que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" A los doce años ya era básicamente consciente de esto. Pero luego se nos dice que regresó con ellos a Nazaret—y descendió con ellos, y volvió a Nazaret y estaba sujeto a ellos'. ¡El Hijo encarnado de Dios Cometiéndose a sí mismo a José y María! Aunque interiormente era consciente de estar en este mundo para atender los negocios de su Padre, se humilló a sí mismo y fue obediente a sus padres. Mirémoslo a él, compréndalos por qué lo hacía, básicamente para agradar a su Padre en el cielo, a fin de cumplir su ley en cada aspecto y dejarnos un ejemplo y que nosotros pudiéramos seguir en sus pasos.

Estas son entonces las razones que tiene para este mandato, y seguramente no hay nada más que agregar. Porque es justo. La naturaleza lo dice—está establecido por la ley de Dios,

rubricado y subrayado. Agrada al Señor. La obediencia es una prueba de que es como él, porque hace lo que él hizo cuando estuvo aquí en este mundo pecaminoso y malo. ¡Quiera Dios Iluminarnos uno por uno en cuanto a la importancia de cumplir este mandamiento!

Hemos de ver que el apóstol prosigue tal como lo hace siempre. Su enseñanza es equilibrada y por lo tanto, también tiene una palabra para los padres. Lo que hemos dicho puede ser malinterpretado. Si los padres se detienen en esto serán culpables de un grave desentendido. Pablo aún no ha terminado; todavía falta una palabra para los padres. Sin embargo hasta aquí este es el mensaje para los hijos. Y a medida que lo leemos y lo consideramos a la luz de lo que dice a los padres, quizás seamos capaces de comprender algunos de los problemas que tienen ciertos hijos, cualquiera sea su edad, cuyos padres no son cristianos y que se preguntan qué hacer. ¡Quiera darnos Dios toda la gracia necesaria para cumplir este mandato!

PADRES INCRÉDULOS

Efesios 6:1-4

Hemos visto que este tema de padres e hijos, que siempre es importante, es especialmente importante en este tiempo. Es importante para todos nosotros. No sólo se refiere a los hijos como tales, y a la gente joven; y no sólo a padres que tienen hijos; éste es un tema que pertenece y se aplica a todos. Hay un aspecto más bien patético en el hecho de ciertas personas cristianas que aparentemente se divorcian de estos asuntos. Por ejemplo, he oído de algunos que creen que el tema de los maridos y las esposas no tiene nada que ver con ellos, porque ellos no son casados. Eso es sumamente lamentable porque, estén casados o no, sean padres o no, los cristianos deberían estar interesados en los principios de la verdad. Además, si no es casado, quizás tenga un amigo casado que está pasando por problemas en cuanto a su vida matrimonial; entonces, si va a funcionar como cristiano, debe ser capaz de ayudar a tal persona. Para ello debe saber cómo ayudar, y sólo puede descubrir cómo ayudar entendiendo la enseñanza de las Escrituras. Por eso, nadie debiera excusarse pensando que esto nada tiene que ver con él o con ella. Quizás no se haya casado o tal vez sea casado pero sin hijos; sin embargo, debiera sentir simpatía y compasión por los padres de hoy, por los padres que viven en este mundo difícil y moderno. Es deber y asunto suyo ayudarles y auxiliarlos. Estos requerimientos particulares no están dirigidos a personas individuales, sino son para todos nosotros.

Pero, más allá y por encima de ello, todos nosotros debiéramos estar interesados en comprender la verdad divina y en observar cómo Dios, en su infinita bondad y sabiduría, en su infinita condescendencia, nos sale al encuentro en las diversas situaciones que atravesamos al transitar este mundo. Las mismas autoridades civiles reconocen la importancia que todo este problema tiene en la actualidad. Una importante comisión referida al tema de la educación, recientemente declaró que uno de los problemas más urgentes en este país hoy día es el quebrantamiento del hogar y de la vida familiar. Por lo tanto estamos considerando un tema del cual bien puede depender el futuro de la sociedad y de este país. De entre todos los pueblos somos nosotros, los cristianos, quienes debiéramos dar urgente atención a estos asuntos a fin de poder ofrecer un ejemplo a otros y demostrar cómo vivir como hijos y padres, y cómo conducir la familia y la vida del hogar.

Hasta aquí solamente hemos considerado el asunto desde el punto de vista de los hijos, y

el deber dirigido a ellos, es decir, de la obediencia a sus padres. Pero ahora, en el cuarto versículo, el apóstol nos presenta el otro lado: "Y vosotros, padres", dice el apóstol, "no provoquéis a ira a vuestros hijos". No es que esta añadidura neutralice lo que el apóstol había dicho acerca de los hijos; más bien es dado para salvaguardarlo y quitar cualquier obstáculo que pudiese haber en el camino de los hijos al obedecer a sus padres. Es otra notable ilustración del equilibrio y de la justicia en las Escrituras. ¿Cómo puede negar alguien que esta sea la inspirada palabra de Dios, viendo cara a cara este perfecto equilibrio, esta equidad, este presentar siempre juntos los dos aspectos de un asunto? Hemos visto su carácter divino en el caso de los maridos y las mujeres, y aquí volvemos a encontrarlo en el caso de los padres y los hijos; y lo encontraremos también más adelante en el caso de los amos y los siervos.

La obediencia que se requiere de los hijos debe ser mostrada a todos los tipos de padres. Existen padres culpables de provocar a ira a sus hijos. Ahora bien, quedemos en claro que el apóstol enseña que los hijos deben obedecer aun a esa clase de padres. Su declaración es de carácter general. El mandamiento debe ser obedecido sin consideración del carácter de los padres, y es un mandamiento que incluso se aplica al caso de padres no cristianos.

Quisiera examinar cuidadosamente este aspecto del asunto porque puedo decir honestamente y basado en una larga experiencia pastoral, que este es uno de los problemas más comunes que he tenido que tratar, cuando las personas han venido y me han expresado las dificultades de sus vidas personales. Recuerdan lo que dijo nuestro Señor en Mateo 10:34: "No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada". El dijo que su enseñanza no suavizaría las cosas, sino que más bien crearía división, dividiendo al padre de su hijo, a la madre de su hija, etcétera. El motivo es que cuando una persona se convierte en cristiano hay un cambio tan profundo que inmediatamente quedan afectadas todas las esferas de la vida. No hay aspecto donde esto se sienta con mayor agudeza que el de las relaciones más íntimas y personales; porque tan pronto una persona se convierte en cristiana, esa persona comprende que su lealtad corresponde al fin de cuentas a Dios y al Señor Jesucristo. Eso inevitablemente tiene su efecto sobre toda otra forma de lealtad. De modo que nuestro Señor afirma que se convertirá en fuente de división—"Los enemigos del hombre serán los de su propia casa". Deben estar preparados, dice el Señor, para estos casos que en la práctica de todos los días han demostrado ser ciertos.

El problema que surge aguda y frecuentemente es el de hijos que se han convertido a la fe cristiana pero cuyos padres no lo han hecho. Inmediatamente nace la tensión. ¿Qué deben hacer esos hijos? ¿Cómo deben comportarse? Simplemente estoy acentuando que el apóstol dice que esos hijos, personas jóvenes—el término 'hijos' no debe interpretarse solamente desde el punto de vista de la edad—deben obedecer al mandamiento. Lo que el apóstol Pablo está diciendo es esto: "Hijos, obedeced a sus padres sean o no cristianos; no importa lo que ellos sean". Esta es una declaración general, un mandato general; pero desafortunadamente en este punto muchos cristianos jóvenes inconscientemente causan grave daño. Posiblemente en este punto el fracaso sea más grave que en cualquier otro. ¿Cómo deben comportarse estos hijos con respecto a sus padres no cristianos? Ese es el problema. Inconscientemente muchas veces es en este punto que tales hijos causan grave daño por no entender la enseñanza bíblica por una falta de equilibrio en su perspectiva global. Muchas veces ellos son la causa de una actitud hostil de sus padres hacia la fe cristiana. Por eso, se trata aquí un asunto de suprema importancia.

Existe una sola limitación que debe ser añadida a este mandato general que dice, 'Hijos, obedeced a vuestros padres'. La limitación es cuando nuestra relación con Dios es vitalmente afectada. En este punto peso mis palabras con particular cuidado. Si sus padres están tratando de

prohibirle la adoración a Dios y la obediencia a él, en ese caso no obedece a sus padres. Si ellos deliberadamente le incitan o tratan de impulsarle a pecar, a cometer actos pecaminosos, nuevamente, debe rehusarse. Pero esa es la única limitación. Por debajo de ella (vuelvo a enfatizarlo) debemos ir hasta el último extremo; y aun en este caso, cuando estamos encarando la pregunta si los padres se interponen entre nosotros y nuestra relación con Dios, debemos ir hasta el último extremo de la conciliación y concesión.

En la experiencia pastoral descubro que precisamente aquí es donde la mayoría de las personas tienen dificultades. Quiero decir que como cristianos se aferran a posiciones que yo consideraría detalles totalmente insignificantes. Por supuesto, eso es muy natural. Todos nosotros, por naturaleza somos personas que tienden a ir a los extremos; y habiéndonos convertido en cristianos sabemos exactamente como debíamos vivir. Nuestro gran peligro en este punto—y sin lugar a dudas el diablo tiene su parte en ello— consiste en aferrarnos a posiciones totalmente ridículas, a posiciones que realmente son insignificantes y que realmente no afectan nuestra posición de cristianos.

Permítame darles una ilustración. Con frecuencia ocurre, según he visto, en relación con las bodas de una pareja o con todo el tema del matrimonio que dos jóvenes cristianos deciden contraer matrimonio cuando los Padres de ambos lados no son cristianos. Los dos jóvenes cristianos anhelan profundamente que esto sea un ejemplo excelente de bodas cristianas y se proponen a invitar a todos sus amigos creyentes. Pero, por supuesto, los padres también deben estar presentes—estos padres no cristianos de ambas partes—y también algunos de sus amigos y parientes que no son cristianos. He visto muchas veces la tendencia de estos jóvenes, excelentes cristianos de aferrarse a detalles de la ceremonia que en realidad no importan, y de esa manera causar más daño que bien. En otras palabras, dicen que todo tiene que ser exclusivamente cristiano; y tienden a llevar esto a un extremo de convertirlo en ofensa a los presentes que no son cristianos. Tengo la impresión que es precisamente allí donde dejan de practicar el juicio y el equilibrio que se encuentra en las Escrituras. Por supuesto, la boda tiene que celebrarse, pero hay muchos otros asuntos incidentales en cuanto a los arreglos que me parecen totalmente indiferentes. Si somos realmente cristianos en ese punto debemos hacer todas las concesiones que podamos y hacer todo lo posible para facilitar las cosas a los demás, con la esperanza de que ellos, al ver lo que es un matrimonio cristiano, realmente se sientan atraídos a la fe. Pero si vamos a aferrarnos rígidamente a una posición, sin hacer ninguna concesión respecto de ningún punto o detalle, y si insistimos que todo tiene que hacerse a nuestro modo—en otras palabras, si estamos más preocupados por impresionar a nuestros amigos cristianos que en ayudar a nuestros padres no cristianos—en ese caso no estamos cumpliendo este deber apostólico referido a la obediencia hacia nuestros padres. Eso es lo que quiero decir en cuanto a aferrarse a asuntos que son realmente vitales y no a detalles insignificativos e incidentales.

También es importante que cuando sostenemos alguna posición lo hagamos con el espíritu correcto. Si defendemos algún principio cristiano, nunca debemos hacerlo de una manera contenciosa o impaciente. Mucho menos debemos hacerlo en forma arrogante y crítica. Con frecuencia nos traicionamos a nosotros mismos por la forma en que decimos las cosas. He notado que personas culpables de este descuido muchas veces revelan su actitud errónea aun por la forma en que discuten conmigo los arreglos de las bodas. Esas personas me dicen con una sonrisa torcida en su cara, "Por supuesto mis padres no son cristianos". Y con eso los hacen a un lado. Tan pronto una persona habla de esa manera yo sé que él o ella ya está en camino equivocado. Cualquier posición que una persona quiera defender de esa manera en terreno cristiano probablemente será inútil y susceptible de hacer mucho más daño que bien. Si sus padres no son

cristianos no debe hablar de esa forma de ellos, no debe hacerlos a un lado, no debe hablar contenciosamente de ellos. Debería sentirse acongojado por causa de ellos, y en consecuencia, hablar de ellos con dolor y pena. Sin embargo, creo que demasiadas veces hay en los hijos una dureza y una aspereza que no son cristianas.

Esa clase de 'hijos' no está obedeciendo a sus padres; no están honrando a su padre y a su madre. Debe honrar a su padre y madre, sean cristianos o no; ese es el mandato. Muchas veces esto es difícil, pero es el precepto; y repito que en esto existe un sólo límite, es decir, el momento cuando ellos tratan, clara y deliberadamente, de evitar que adore a Dios y le sirva, o tratan de guiarle deliberadamente a cometer pecado. La forma en que actuamos a este respecto es de vital importancia; cada vez que llegamos a la situación en la cual realmente debemos oponernos a desobedecer, debemos hacerlo de tal manera de dar la impresión de que ello nos apena, que nos hiere, que lo lamentamos, y que ello es una decisión por demás lamentable. Pues que un hijo deba oponerse a sus padres es una de las cosas más serias y solemnes a las que podamos sentirnos llamados en esta vida. Por lo tanto, siempre que lo hagamos en el nombre de Cristo y de Dios, debemos hacerlo con un corazón quebrantado. De ninguna manera debemos dejar de dar la impresión a nuestros padres de que se trata de algo que nos hiere, que nos causa profunda pena, que nos cuesta mucho, que estaríamos dispuestos a cortarnos la mano derecha a fin de evitarlo, pero que, dada la situación, no tenemos otra alternativa.

Hecho de esa manera, bien puede ser que Dios lo utilice para influir en ellos; pero si es hecho en forma arrogante, contenciosa, con espíritu de censura, con toda certeza causará daño. En ese caso carecerá totalmente de valor, apartará a la gente de Cristo y les hará sentir y decir, "Estos hijos, desde que se convirtieron en cristianos, son obstinados, sabelotodos, son duros y rígidos y legalistas". Esto levantará una terrible barrera entre ellos y su conocimiento de Dios y de nuestro Señor y Salvador. Siempre que nos sintamos impulsados a aferrarnos a cierta posición debemos hacerlo con un corazón quebrantado, con un espíritu manso y humillado. Debiéramos dar la impresión de que nuestro mismo corazón sangra al sentirnos impulsados por esta maravillosa obra que Dios ha hecho con nosotros a oponernos a nuestros padres. Este es un asunto que siempre debemos considerar de esta manera.

Permítanme darles algunas razones por las cuales hemos de obrar de esta manera y que nos sirvan de ayuda y guía cada vez que estemos en una situación como ésta. ¿Por qué es que un cristiano debiera comportarse de la manera que he estado indicando, tanto negativa como positivamente? La respuesta es ésta: porque el hijo cristiano debiera ser el mejor tipo de hijo en el mundo. Esta es una declaración general, una afirmación universal. Todo lo que haga el cristiano siempre debiera ser hecho de la mejor manera. Digo esto a modo de proposición general. El hijo cristiano debiera ser un hijo mejor que cualquier otro hijo, el marido cristiano el mejor marido, la mujer cristiana la mejor esposa, la familia cristiana el mejor tipo de familia de todo el mundo, el hombre de negocios cristiano el mejor hombre de negocios que se pueda concebir, el profesional debiera ser el mejor en la profesión. No hablo desde el punto de vista de la capacidad, sino de todos los demás aspectos. Todo lo que el cristiano haga debiera ser hecho conforme a todas sus posibilidades, y con una minuciosidad y un entendimiento que nadie más es capaz de demostrar. Por supuesto, este es el trasfondo de todos estos deberes detallados que estamos estudiando. El cristiano, recuérdelo, es una persona llena del Espíritu: 'No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; mas sed llenos del Espíritu'. Ahora bien, cuando un hijo es 'lleno del Espíritu', por definición ése será un hijo ejemplar, un hijo absolutamente mejor que aquel que carece del Espíritu.

¿Hacia dónde nos lleva esto entonces? Nos lleva a la conclusión de que los hijos

cristianos debieran ser los mejores hijos del mundo porque sólo ellos tienen un entendimiento real y auténtico de esta relación. Hay una crisis en la vida de la familia y del hogar hoy en día porque ambos lados, tanto los padres como los hijos, no entienden el significado de estas cosas. No saben nada desde el punto de vista bíblico cuál es la relación entre padres e hijos. Ellos no pueden ver estas cosas 'en el Señor' como nosotros las vemos; y debido a que nosotros estamos 'en el Señor' tenemos un entendimiento nuevo acerca de estas cosas. Vemos que esta relación de padre e hijo es un reflejo y un cuadro de la relación de Dios con el cristiano que es su hijo. De manera que tenemos este concepto exaltado y elevado de la paternidad y de la relación de los hijos hacia sus padres. Debido a que sólo el hijo cristiano tiene un entendimiento de estos asuntos y de esta relación, él o ella en la práctica siempre debiera superar a los otros. Como cristianos no obramos automáticamente. El cristiano siempre sabe por qué hace las cosas. Tiene sus razones, tiene estas explicaciones y exposiciones de la Escritura; por eso entiende la situación.

Luego sólo el cristiano tiene el espíritu correcto: 'Sed llenos del Espíritu'. Todo el problema en este asunto es, al fin y al cabo, un problema de espíritu. La actitud moderna es, "¿Por qué he de prestar atención a mis padres? ¿Quiénes son ellos? ¿Son anticuados y pasados de moda! ¿Qué saben ellos?" Ese es el espíritu que causa tantos problemas en nuestros días. Los padres por su parte son culpables de lo mismo, de la carencia del espíritu correcto. Con frecuencia dicen: "Estos hijos son un estorbo. Nos gustaría salir de noche como solíamos hacerlo antes, pero desde que han llegado los hijos no podemos hacerlo". El espíritu de esa actitud ya es equivocado, y a ello se deben tantos fracasos. Todos estos problemas son asunto del 'espíritu', y por eso los patéticos hombres de estado y políticos, con sus actos de parlamento, ni siquiera están comenzando a comprender la naturaleza del problema que están considerando. No se puede legislar sobre estos asuntos; son asuntos del espíritu.

Es muy importante que el hijo cristiano tenga un espíritu adecuado en estos asuntos; un espíritu egoísta sería lo último de lo que debiera ser culpable. Ya lo he mencionado antes. He aquí una situación muy delicada. Aquí están estos jóvenes cristianos que van a contraer matrimonio y con ellos los padres no cristianos. La tentación que sobreviene a estos jóvenes cristianos es: "Debo insistir en esto y aquello; soy cristiano; ahora entiendo y por lo tanto esto debe ser hecho tal como yo digo". Esta actitud ya tiene un espíritu erróneo. Su deseo es hacer lo que considera correcto; ¿pero qué de ellos? 'La conciencia, no sólo la tuya digo, sino también la del otro'. 'Todas las cosas son lícitas, pero no todas convienen'. ¿Qué del hermano débil? ¿Qué de aquél que no es cristiano? ¿No los considera? ¿Acaso sólo le preocupa que todo sea hecha de tal manera que salga absolutamente acertado, habiendo guardado la letra de la ley en cada detalle? ¡Esa es la esencia del fariseísmo! Ese es el espíritu que 'diezma la menta y el eneldo y el comino, y deja lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia...'. ¡Quiera Dios concedernos sabiduría en estos asuntos! He visto tanto daño hecho a la causa de Cristo por fracasar en este sentido que le estoy dando atención especial. Nunca debemos actuar con un espíritu egoísta, con un espíritu de auto justicia.

Pero permítanme añadir algo más. El cristiano está en una condición excepcionalmente ventajosa en cuanto a estos asuntos, porque como cristiano, debiera comprender las dificultades de sus padres. Consideren el caso de hijos no cristianos que entran en conflicto con la opinión y la voluntad de sus padres no cristianos. ¿Qué es lo que ocurre? Inmediatamente se produce un choque de personalidades, un choque de voluntades y ninguno de los dos lados entiende al otro. El hijo dice, "Los padres no tienen derecho de decir esto"; y los padres miran a sus hijos y dicen "Estos hijos son imposibles y totalmente equivocados". Las dos partes se mantienen rígidas sin la

menor intención de entender el punto de vista opuesto. Pero eso nunca debiera ocurrir en los cristianos. El cristiano tiene esta gran ventaja sobre aquel que no es cristiano; como cristiano debiera saber por qué sus padres no pueden entenderlo y por qué se comportan de la manera que se comportan. No solamente los considera como padres difíciles, no se limita a interesarse en su personalidad, sino que como cristiano, dice, "Por supuesto, en cierto sentido no pueden obrar de otra manera; aunque esto es muy triste, muy trágico, yo no debo desesperarme por causa de ellos puesto que de ninguna manera pueden ver el asunto desde la perspectiva cristiana. Ellos son incon-versos y esperar que lo vean desde la perspectiva cristiana sin ser cristianos es pedirles que hagan lo imposible. Yo mismo estuve una vez en esa condición, yo fui igualmente ciego. Gracias a Dios mis ojos han sido abiertos y ahora veo el camino correcto; en cambio, ellos no; por lo tanto debo ser amable con ellos, debo ser paciente y debo ser comprensivo. Debo hacerles toda concesión que esté a mi alcance; debo ir hasta donde yo pueda para salirles al encuentro y ayudarles y aplacarlos". Esa es la ventaja que disfruta el cristiano. 'Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres' porque tiene este entendimiento. No se mantenga como una personalidad contra otra personalidad; reconozca que es la ceguera del pecado lo que está causando el problema. No lo mire simplemente como padres que están en contra suya; por el contrario, ponga su atención en el pecado que causa la división. Eso es lo que nuestro Señor quiso decir en su enseñanza sobre 'traer una espada' y causar esta clase de división. Es algo que no debe sorprendernos, es algo que no nos debe impulsar a reaccionar violentamente. Debemos enfocarlo con un espíritu de entendimiento y simpatía.

Esto conduce a mi última razón. Cualquier cosa que nosotros hagamos como cristianos; cualquier cosa que hagamos como hijos cristianos, cada vez que lleguemos a este punto del choque, a esta división, sintiéndonos impulsados incluso a decir 'no' a nuestros padres, siempre debemos hacerlo totalmente convencidos de que en tal circunstancia nuestra preocupación está dirigida a las almas de nuestros padres. 'Honra a tu padre y a tu madre'. El hecho de que ahora se ha convertido en cristiano y que ellos no lo son, no significa que va a mirarles despectivamente y tratarles con menosprecio y desdén, y hacerles a un lado. Debe honrarlos y puede honrarlos por sobre todas las cosas mediante esa preocupación por sus almas. Si como personas cristianas nuestro espíritu y nuestro corazón no están preocupados por las almas de aquellos que están unidos a nosotros mediante esta más íntima de las relaciones, nosotros estaremos desobedeciendo a nuestros padres, no estaremos 'honrando a nuestro padre y a nuestra madre' de la manera en que lo indican las Escrituras.

Por lo tanto, protejámonos a nosotros mismos mediante estas consideraciones del tipo de comportamiento voluble, superficial y mecánico que nos es recomendado, si es que no nos lo imponen esos cristianos de buena intención pero ignorantes. Hay muchos. Esas personas dicen, "Ahora usted se ha convertido, esto es lo que usted debe hacer ahora" y prácticamente lo alientan a volverse en contra de sus propios padres. Nunca les permita hacerlo. Estas reglas fundamentales, estas leyes aún tienen vigencia y permanecen. La única división legítima es aquella que es causada por Cristo mismo. Nosotros nunca debemos crear las divisiones; debemos hacer todo lo que está a nuestro alcance para evitarlas, y debemos ir hasta los límites más extremos para impedirlo. La única división legítima es aquella división inevitable, esa división tremenda hecha por la espada del Espíritu, blandida por el Hijo de Dios mismo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Nunca debemos ser difíciles, nunca debemos aferrarnos a detalles irrelevantes; nunca debemos hacer cosas que causen división. La única división que es inevitable y permisible es aquella producida por la espada que nuestro Señor dijo haber traído (Mt. 10:34-38).

Ahora dirigimos nuestra atención a los padres. Dice el apóstol, 'Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos'. Nótese que solamente menciona a los padres. Acaba de citar las palabras de la ley—'Honra a tu padre y a tu madre'—pero ahora escoge solamente a los padres porque toda su enseñanza ha sido, según hemos visto, que el padre es quien ocupa la posición de autoridad. Eso es lo que siempre encontramos en el Antiguo Testamento; eso es como Dios ha enseñado desde siempre que se comporte la gente; por lo tanto, naturalmente dirige este mandato particular a los padres. Pero el mandato no debe ser limitado a los padres; también incluye a las madres; ¡y en tiempos como los nuestros hemos llegado a una situación en la cual el orden prácticamente debe ser revertido! Vivimos en una especie de sociedad matriarcal en la cual los padres, y por cierto los maridos, han abdicado su posición en el hogar de tal manera que prácticamente todo queda librado al gobierno de las madres. Por eso es preciso comprender que lo dicho aquí a los padres se aplica igualmente a las madres. Se aplica a aquella persona que está en posición de ejercer la disciplina. En otras palabras, el tema al cual somos introducidos aquí en este cuarto versículo, tema que ya estaba implicado en los versículos anteriores, es de la disciplina.

Es preciso examinar cuidadosamente este tema, y por supuesto es un tema sumamente extenso. Una vez más quisiera decir que no hay asunto de mayor importancia en este país y en todo otro país, que todo este problema de la disciplina. Estamos presenciando una crisis de la sociedad, una crisis que está principalmente relacionada a este asunto de la disciplina. Lo vemos en el hogar, lo vemos en las escuelas, lo vemos en la industria; lo vemos en todas partes. El problema que está confrontando actualmente a la sociedad en cada esfera de la vida es, en último análisis, el problema de la disciplina. Responsabilidad, relaciones, la forma en que debe ser conducida la vida, ¡la forma en cómo debe proseguir la vida! Tengo la impresión que todo el futuro de la civilización descansa en esto. El propósito principal de la predicación no consiste en tratar asuntos políticos y sociales, sin embargo podemos arrojar importante luz sobre ellos.

Se nos dice que la división más importante del mundo actual es la causada por la 'cortina de hierro'. En vista de ello me atrevo a hacer esta afirmación, esta profecía: Si sucumbe y es derrotado el oeste, el único motivo será su desintegración interna. Al otro lado no existe el problema de la disciplina porque se trata de una dictadura y por eso habrá eficiencia. Nosotros no creemos en dictaduras; por lo tanto no hay nada más importante para nosotros que el problema de la disciplina. Si proseguimos derrochando nuestras vidas con diversiones, trabajando cada vez menos, demandando cada vez más dinero, cada vez más placer, y la así llamada felicidad, más y más indulgencia respecto de los deseos de la carne, y negándose a aceptar nuestras responsabilidades, no habrá sino un solo e inevitable resultado: fracaso completo y abyecto. ¿Porqué conquistaron los godos y los vándalos y otros bárbaros al antiguo imperio romano? ¿Acaso fue por un poder militar superior? ¡Por supuesto que no! Los historiadores saben que existe una sola respuesta; la caída de Roma sobrevino por el espíritu de indulgencia que había invadido al mundo romano. Los juegos, los placeres, los baños. La desintegración moral que había penetrado el corazón del imperio romano fue la causa de la 'decadencia y caída' de Roma. No fue una supremacía de poder desde afuera, sino la desintegración interna lo que arruinó a Roma. Y en la actualidad, el hecho realmente alarmante es que estamos presenciando una decadencia similar en este país y en otros países occidentales. Esta negligencia, esta indisciplina, esta perspectiva y espíritu son característicos de un período de decadencia. La manía de los placeres, de los deportes, de las bebidas y drogas se han adueñado de las masas. ¡Este es el problema esencial esta absoluta ausencia de disciplina y de orden y de conceptos correctos de gobierno!

A mi parecer, estos asuntos son presentados con mucha claridad por lo que el apóstol nos dice aquí. Más adelante he de presentarlos a nuestra consideración y demostrar cómo las Escrituras nos iluminan respecto de ello. Pero antes de ello permítanme mencionar algo que ayudará y estimulará todo el proceso de sus pensamientos. Uno de nuestros problemas actuales es que ya no pensamos por nosotros mismos. Los periódicos piensan por nosotros, la gente que se entrevista en la radio y televisión lo hace por nosotros, y nosotros nos sentamos a escuchar. Esa es una de las manifestaciones de la crisis en la autodisciplina. Debemos aprender a disciplinar nuestras mentes. Por eso voy a presentar dos citas de las Escrituras, una referida a un aspecto del asunto y la otra al aspecto opuesto. El problema de la disciplina está entre ambos. He aquí el límite de uno de los aspectos: "El que detiene el castigo, a su hijo aborrece" (Pr. 13:24). El otro es: "Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos". Todo el problema de la disciplina yace entre esos dos límites, y ambos se encuentran en las Escrituras. Trate de captar los grandes principios bíblicos que gobiernan este asunto tan vital y tan urgente. Actualmente, quizás éste sea el problema mayor que aqueja no sólo a las naciones occidentales sino también a otras. Todos nuestros problemas resultan de andar de un extremo al otro. Y eso es algo que nunca se encuentra en las Escrituras. Lo que caracteriza a la enseñanza de las Escrituras siempre es, y lo es en todas partes, su perfecto equilibrio, una justicia que nunca fracasa, la forma extraordinaria en que están divinamente unidas la gracia y la ley. Hemos de considerar estos asuntos más detalladamente.

DISCIPLINA Y LA MENTE MODERNA

Efesios 6:1-4

Continuamos nuestro estudio de lo que constituye uno de los asuntos básicos y fundamentales de toda la vida y conducta humana. Es un problema que no sólo se refiere a personas cristianas sino a toda la sociedad. Lo que nos afecta particularmente a nosotros los cristianos es esto: hemos sido establecidos, según nos lo recuerdan las Escrituras, como 'luces en el mundo', como 'la sal' de la sociedad, y como 'una ciudad puesta sobre una colina'. No hay otra esperanza para el mundo sino la de la luz que le viene de la enseñanza cristiana. Por lo tanto, es de doble importancia que, como personas cristianas observemos y entendamos cuidadosamente la enseñanza apostólica. A nosotros nos corresponde dar un ejemplo a todo el mundo de cómo debe ser vivida verdaderamente la vida. Y creo que en tiempos como éstos tenemos una oportunidad única para demostrar el equilibrio cristiano y bíblico referido a este grave problema de la disciplina.

Por supuesto, este urgente problema no se limita a la cuestión de los hijos. El mismo principio está implicado en la actitud moderna hacia el crimen, la guerra y hacia el castigo en cualquiera de sus tipos y formas. Esta es una parte del problema general. Pero aquí lo estamos considerando particularmente desde el punto de vista de su influencia sobre la disciplina de los hijos y la disciplina en el hogar. Por un lado tenemos la expresión familiar que dice, 'retén el castigo y arruina al niño' y las otras formas de esta expresión que se encuentran en diversos puntos en el libro de Proverbios y en la literatura del Antiguo Testamento conocido como 'sabiduría'. Ese es un aspecto del asunto. El otro aspecto es, 'y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos'. Esas son las dos posiciones fundamentales. Dentro de la elipse de estas dos

fuerzas hemos de encontrar la doctrina bíblica referida a este tema.

Primero hemos de considerar el tema en términos generales. Lo que nos impresiona de inmediato es el gran cambio que ha ocurrido durante el presente siglo respecto al problema de la disciplina, y especialmente durante los últimos treinta años o más. Sin embargo, es un cambio que se extiende a lo largo de todo este siglo. Se ha producido toda una revolución en cuanto a la actitud de la gente hacia este asunto. Anteriormente teníamos lo que hoy la gente llama, con tono burlón, la perspectiva victoriana respecto de la disciplina. Admitamos inmediatamente y con toda franqueza que, sin lugar a dudas, esa conducta había excedido sus límites. Fue una conducta represiva, muchas veces brutal; con todo se puede decir que algunas veces fue inhumana. El padre Victoriano, el abuelo Victoriano, constituyen un tipo bien conocido y bien reconocido. En su concepto de paternidad y de la disciplina familiar había un elemento—ciertamente un elemento considerable—de tiranía. Los hijos eran gobernados severa y ásperamente y se decía que, 'los hijos deben ser vistos pero no oídos'. Y por cierto, esa actitud era puesta en práctica. A los niños no se les permitía expresar su opinión, con frecuencia no se les permitía hacer preguntas; se les indicaba qué hacer, y tenían que hacerlo; y si se rehusaban eran castigados con gran severidad. No necesitamos dedicar mucho tiempo a esto; es algo que ha sido atacado, ridiculizado y caricaturizado de tal manera que todo el mundo, sin lugar a dudas conoce el cuadro. La mayoría de nosotros probablemente no tengamos suficiente edad para recordarlo en la práctica, excepto aquellos que hayan pasado los sesenta años; sin embargo, todos nosotros conocemos el cuadro y la idea en general. Esa era la situación hace aproximadamente cien años, situación que continuó en forma más o menos igual hasta la Primera Guerra Mundial.

Pero desde entonces se ha operado un cambio total; y en la actualidad estamos confrontados por una situación que prácticamente es el opuesto absoluto, ya que ahora tenemos la tendencia de hacer de lado todo lo que tenga que ver con la disciplina. Esto es, como he dicho, parte de una actitud general hacia la guerra, el crimen, hacia el castigo en general, y especialmente al castigo corporal y capital. Se ha introducido una nueva corriente de opiniones la cual rechaza totalmente las ideas fundamentales del punto de vista Victoriano. En efecto, podemos describirlo como una oposición general a la idea en sí de justicia, rectitud, ira y castigo. Todo estos términos son abominados y odiados. En términos generales, el hombre moderno rechaza radicalmente estos conceptos. Encontramos ejemplos de ello en nuestros periódicos, en tendencias evidentes del parlamento, y en cambios que en medida creciente se han introducido. Pocas veces se escuchan estos grandes términos referidos a la justicia, a la verdad, al derecho, y a la rectitud. Las palabras de uso más frecuente en nuestros días son paz, felicidad, gozo, placer, tolerancia. El hombre moderno se ha rebelado contra los grandes términos que siempre han caracterizado a las épocas heroicas en la historia del hombre. Sin embargo esto es en gran medida una reacción contra la severidad de la era victoriana.

Lo que vuelve tan grave esta posición es que dicha actitud generalmente es presentada en términos del cristianismo y especialmente en términos de la enseñanza del Nuevo Testamento; y esto, particularmente como contraste con la enseñanza del Antiguo Testamento. Con frecuencia el caso es expresado de esta manera: "Por supuesto, el problema de aquellos Victorianos como de los puritanos es que vivían en el Antiguo Testamento, adoraban al Dios del Antiguo Testamento. Sin embargo"—añaden—"nosotros no creemos en eso; el Dios de ellos sólo era un dios tribal; y ese no es el Dios del cristianismo, ese no es el 'Padre' de Jesús". Afirman que las ideas modernas referidas a la disciplina están basadas en el Nuevo Testamento, y que ellos han alcanzado el concepto neotestamentario de Dios. En consecuencia dicen que no están interesados en la justicia y la rectitud, en la ira y el castigo. Nada tiene importancia, sino el amor y la

comprensión.

Aquí es donde esta posición se vuelve tan peligrosa. Y es interesante notar que hombres que ni siquiera pretenden ser cristianos están diciendo esa clase de cosas. Incluso en libros, artículos y periódicos uno puede leer expresiones que no vacilan en afirmar que actualmente la posición cristiana por lo general no es sostenida por la iglesia, sino por algunos escritores populares ajenos a la fe, que franca y abiertamente reconocen no ser cristianos. Se nos dice que el caso cristiano va por el camino del descuido, que la iglesia no está avanzando la causa, y que actualmente y en realidad el cristianismo está siendo presentado por hombres que están fuera de la iglesia. Se dice que ellos están presentando la auténtica exposición de la enseñanza del Nuevo Testamento. Existe esta curiosa alianza entre algunas personas que se dicen cristianas y otras que abiertamente afirman no ser cristianos; pero unidos concuerdan en que el cristianismo y el Nuevo Testamento enseñan este concepto moderno respecto de la disciplina, motivo por el cual se han apartado del punto de vista Victoriano, y particularmente del punto de vista del Antiguo Testamento.

Resumiéndolo todo, podemos decir que la idea básica detrás de este concepto es que la naturaleza humana es esencialmente buena. Esa es la filosofía fundamental. Por lo tanto, lo que se requiere es extraer, alentar, y desarrollar la personalidad del niño. Por eso no debe haber reproche, no debe haber control; no debe haber castigos ni administración de correcciones puesto que ello tendería a ser represivo. Siendo este el principio principal, naturalmente éste se hace sentir a lo largo de todas las esferas de la vida.

Considérese, por ejemplo, los métodos de enseñanza. Seguramente este es uno de los asuntos más urgentes que actualmente encara el país. Durante los últimos veinte años o más, los métodos de enseñanza han sido determinados casi exclusivamente por este nuevo enfoque, por esta nueva filosofía que considera la naturaleza humana como esencialmente buena. La idea consiste en que no debe obligar o forzar al niño. Una de las primeras personas en describir esta enseñanza fue una doctora María Montessori cuyo método de enseñanza, en términos generales, decía que debía permitir que sus niños decidieran por sí mismos y escogieran en forma independiente, lo que quieren aprender. Antes, por supuesto, había un método obligatorio para enseñar las 3 Rs. (Nota del editor: las 3 Rs en inglés son "reading, writing, arithmetic", (esto es, lectura, redacción y aritmética). Esto equivale a lo más básico en la enseñanza,) y debía utilizarlo aunque no quisiera. Los niños debían aprender de memoria las tablas de multiplicación y otras cosas también. Era algo que se hacía mecánicamente, no había esfuerzo alguno por presentarlo en forma interesante a los niños. Entonces se les decía sencillamente que debían aprender su alfabeto, sus tablas, y su gramática. Todo les era introducido por la fuerza y ellos debían repetirlo mecánicamente hasta saberlo de memoria y poder repetirlo en coro. Ahora todo eso, se nos dice, estaba totalmente equivocado porque no desarrollaba la personalidad del niño. La enseñanza debe ser presentada en forma interesante y todo debe ser explicado. El niño no debe aprender en forma mecánica, sino entender lo que está aprendiendo; y en consecuencia, se dan las explicaciones; se ha descartado el antiguo método en términos de este nuevo concepto de la naturaleza humana, esta nueva actitud hacia la vida que pretende ser cristiana. De esta manera entonces, referida a la teoría y al método de la educación, se ha producido esta profunda revolución. Pero en la actualidad ya estamos comenzando a descubrir algunos de sus resultados. Descubre que empresarios y otras personas se quejan porque muchos que solicitan trabajo como secretarias(os) y mecanógrafas(os) ya no saben deletrear ni resolver simples problemas matemáticos. Pero mi preocupación no se dirige a los resultados prácticos y económicos, sino a los principios subyacentes.

Nuevamente, con respecto al tema del castigo, éste también se ha convertido en gran manera en algo del pasado. Se nos dice que no hay que castigar; en cambio, hay que apelar a los niños, mostrarles el error, darles un buen ejemplo, y luego compensarlos positivamente. Por supuesto, debemos reconocer que en todo esto hay cierta medida de verdad; sin embargo, el peligro es que los hombres generalmente tienden a ir de un extremo al otro, y así es como en la actualidad todo el concepto de corrección ha desaparecido en gran medida. En efecto, existen algunos que llevarían este concepto al extremo de decir que nunca se debe castigar a un niño. Algunos incluso dicen que la conducta correcta, si un niño se comporta equivocadamente, es darse el castigo a sí mismo y de esa manera avergonzar al niño e inducirlo a abandonar su práctica equivocada y mala. Recuerdo perfectamente bien que hace unos treinta años había un hombre que literalmente puso esto en práctica con su propia familia. Tenía un hijo que, como cualquier otro hijo, ocasionalmente se daba a la desobediencia y a una conducta equivocada; pero este hombre, habiéndose aferrado a la nueva teoría, decidió que ya no castigaría al niño en ninguna forma y de ninguna manera, sino que tomaría el castigo sobre sí mismo. Por ejemplo, en vez de castigar al hijo, él, el padre se abstenía de comer su cena el día de la ofensa. El experimento, debo añadir, no duró mucho. ¡A fin de salvaguardar su propia salud pronto tuvo que regresar al viejo método!

Esa es una ilustración típica de la actitud moderna. La naturaleza humana, se afirma, es esencialmente buena y no es necesario sino que apelar a lo bueno y elevado en ella. Nunca debe castigar, nunca debe restringir, nunca debe ejercer disciplina. Debe limitarse a establecer el ideal, y sufrir en sí mismo el castigo de la mala conducta de otros, y en consecuencia, los pecadores responderán. Esta clase de gente creía que si se hubiese actuado de esta manera con Hitler, no hubiese habido guerra; podría haber cambiado a Hitler si solamente hubiese hablado amable y bondadosamente con él, y si le hubiese mostrado cuánto estaba dispuesto a sufrir. Hubo un predicador muy popular en Londres antes de la Segunda Guerra Mundial que realmente propuso que él y unos pocos más en efecto debían ir y entrometerse a los ejércitos de Japón y China que en ese tiempo estaban en guerra. No lo pusieron en práctica, pero estaban totalmente convencidos que de haberlo hecho, y de haberse parado entre los ejércitos enemigos sacrificándose a sí mismos, la guerra habría terminado inmediatamente.

Todo esto, repito, está basado en el punto de vista de que la naturaleza humana es esencialmente buena, y que entonces sólo tiene que apelar a ella. Nunca será preciso hacer uso del castigo. Pero, si alguna vez recurre a él, nunca debe ser en forma corporal, nunca debe ser punitivo; si existe algún tipo de castigo se nos dice que éste debe ser reformativo. Este es un punto interesante. El nuevo concepto es que en este tema del castigo—si es que se puede decir tanto en su favor—consiste en reformar y no en ejercer retribución. Se nos dice que siempre debemos ser positivos, que siempre debemos seguir el propósito de edificar un nuevo tipo de personalidad y carácter. ¿En qué resulta esto? Tómese, por ejemplo, el tema de las cárceles. Según el concepto moderno, el propósito de las cárceles no es castigar a los transgresores sino reformarlos. En consecuencia se nos dice con creciente énfasis la necesidad en las cárceles es la abolición de las restricciones y los castigos. Debemos abolir el látigo y toda otra forma de castigo corporal, y las cárceles deben ser atendidas por psiquiatras. La cárcel es un lugar en el cual un hombre debiera recibir tratamiento psicológico y psiquiátrico. No se debe castigar al prisionero por lo que ha hecho, porque esencialmente él es un hombre bueno. Lo que hay que hacer es edificar esa bondad que existe en él, y después extraerla de él. Muéstrela el bien y el mal de algunas de sus propias ideas, y lo que él ha estado haciendo contra la sociedad, y pronto reconocerá sus errores y renunciará a ellos. La gran necesidad consiste en edificar "el otro lado".

Y así mediante tratamientos psiquiátricos usted está reformando al hombre y edificando su carácter y su personalidad.

Tal es la idea reinante en la actualidad, respecto del tratamiento del crimen y de su castigo. La pena capital ha sido abolida, todas las formas de castigo corporal debieran ser abolidas, y por cierto cualquier clase de severidad debiera ser abolida; todo el énfasis está en el tratamiento psiquiátrico— ¡el enfoque psicológico, la edificación, el desarrollo de este elemento positivo que existe en la naturaleza humana! Y, por supuesto, la misma idea se aplica al manejo de los hijos. Toda la tendencia en la actualidad, si un niño no se comporta en la escuela como debe es enviarlo a un psiquiatra de niños—todo el mundo debe ser tratado psicológicamente. Esencialmente todos los niños son buenos; por eso nunca debe castigar. La vara y el bastón deben ser eliminados. Lo que se requiere es extraer el bien que se encuentra oculto pero inherente a cada persona. De modo que, cuando el maestro es ineficiente para mantener la disciplina, el niño es enviado al psiquiatra, al psicólogo de niños para la investigación y la prescripción de un tratamiento adecuado.

Lo que quiero señalar es que todo esto se hace en el nombre del cristianismo y con la pretensión de que el Nuevo Testamento está en contraste con el Antiguo Testamento. Se nos dice que éste es el enfoque de Cristo respecto de estos asuntos. Por lo tanto, en muchos sentidos toda la posición del cristianismo está comprometida en este punto y con ello todo el futuro de la iglesia. He aquí un punto de vista sostenido y defendido por personas que no son cristianas, pero hecho en el nombre del cristianismo y del Nuevo Testamento.

Sigamos analizando aun más este tema. ¿Cuál es la enseñanza bíblica, la enseñanza cristiana respecto de este asunto? No vacilo en afirmar que la actitud cristiana y bíblica hacia estos dos extremos es que ambos son equivocados; que la posición victoriana estuvo equivocada, y que la posición moderna lo es aun más. Pero nosotros estamos especialmente ocupados con el presente y los argumentos actuales. Después he de volver al concepto Victoriano, el cual puede ser considerado en términos de esta exhortación: 'Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos'. Porque eso fue exactamente lo que ellos hacían; y esa actitud moderna es la correspondiente reacción. Pero veamos primero la posición moderna.

Mi primera razón para afirmar que desde el punto de vista bíblico y cristiano este concepto moderno referido al problema de la disciplina es totalmente equivocado, consiste en lo siguiente: lo opuesto a un tipo equivocado de disciplina seguramente no tiene que ser una carencia total de ella. Sin embargo, esto es lo que ocurre en la actualidad. Los Victorianos, se nos dice, estaban equivocados; por lo tanto desechemos literalmente toda disciplina, todo castigo; permitamos que el niño sea como quiera, y que cada uno de nosotros también haga lo que quiera. En esto hay una falacia fundamental. Lo opuesto a la disciplina equivocada no es la ausencia de disciplina, sino disciplina correcta, verdadera disciplina. Eso es lo que hallamos aquí en Efesios 6:1 y 4: 'Hijos obedeced en el Señor a vuestros padres', y 'Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos'. Sométanlos a disciplina, sí, pero no permitan que sea una disciplina equivocada; que sea el tipo correcto de disciplina. 'No provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor'. Ahora bien, esa es la verdadera disciplina. Sin embargo, la tragedia de hoy, con su pensamiento superficial, es asumir que lo opuesto a la disciplina equivocada es la ausencia total de disciplina. Esa es una falacia completa desde el punto de vista del pensamiento y de la filosofía, si no lo es también desde otros puntos de vista.

Ahora bien, permítanme expresar el asunto de otra manera. Toda posición que dice 'sólo la ley' o que dice 'solamente la gracia' necesariamente está equivocada, porque en la Biblia hay 'ley' y 'gracia'. El tema no es 'ley o gracia', sino 'ley y gracia'. Había gracia en la ley del Antiguo

Testamento. Todas las ofrendas quemadas y los sacrificios son un indicio de ello. Dios mismo los había ordenado. Que nadie jamás diga que no hubo gracia en la ley de Dios dada a Moisés y a los hijos de Israel. En el último análisis estaba basada en la gracia, es ley que contiene gracia. Y por otra parte, nunca debemos decir que la gracia significa ausencia de ley; eso sería antinomianismo, el cual se condena en todas partes del Nuevo Testamento. Hubo algunos cristianos antiguos que decían: "Ah, nosotros ya no estamos bajo la ley, nosotros estamos bajo la gracia; ello significa que no importa lo que hagamos. Puesto que ya no estamos bajo la ley sino bajo la gracia, pequemos tranquilamente para que la gracia abunde. Hagamos lo que queramos, no importa. Dios es amor, estamos perdonados, estamos en Cristo, hemos nacido de nuevo, por lo tanto, hagamos todo lo que queramos". Estas falsas deducciones son consideradas en las epístolas a los romanos y a los corintios y a los tesalonicenses, y también en los primeros tres capítulos del libro de Apocalipsis. Es una trágica falacia pensar que cuando hay gracia ya no hay elemento alguno de la ley, sino que la gracia es una especie de licencia. Ello es una contradicción de la enseñanza bíblica referida tanto a la ley como a la gracia. Hay gracia en la ley, y hay ley en la gracia. Como cristianos no estamos 'sin ley de Dios', dice Pablo, 'sino bajo la ley de Cristo' (1Co. 9:21).

¡Por supuesto, hay disciplina! En efecto, el cristiano debe ser mucho más disciplinado que el hombre que vive bajo la ley porque él ve con mayor claridad su significado y tiene mayor poder. El cristiano tiene un entendimiento más cabal, y por lo tanto, debe vivir una vida mejor y más disciplinada. No hay menos disciplina en el Nuevo Testamento que en el Antiguo; hay más y a un nivel más profundo. Y cualquiera fuese el caso, tal cual lo enseña el apóstol Pablo al escribir a los gálatas, no debe deshacerse de la ley, porque la ley fue 'nuestro ayo para llevarnos a Cristo' (Gá. 3:24). No debe considerar estas cosas como mutuamente opuestas. La ley fue dada por Dios para que los hombres pudiesen ser unidos al Cristo que había de venir, y que había de darles esta gran salvación. En consecuencia, afirmo que esta idea moderna malinterpreta totalmente tanto la ley como la gracia. Es un enredo total, una confusión completa; y por cierto de ninguna manera es bíblico.

No es sino filosofía humana, psicología humana. Utiliza términos cristianos, pero en realidad despoja a tales términos de su auténtico significado.

En tercer lugar, la enseñanza moderna—y he aquí una de las cosas más serias referidas a ella—demuestra una ignorancia total de la doctrina bíblica de Dios. Este es un aspecto desesperadamente grave. El cuadro de Dios que se hace el hombre moderno no proviene de la Biblia; proviene de su propia mente y corazón. No cree en la 'revelación'. Por eso hace aproximadamente un siglo y medio se dio origen a la así llamada alta crítica de la Biblia. El hombre ha estado creando un dios a su propia imagen, un dios que debe ser una antítesis exacta del padre Victoriano. Tomo la siguiente descripción de un eminente escritor del presente siglo: "¿Acaso no ve usted que el dios del Antiguo Testamento es su padre Victoriano; y que eso es totalmente equivocado?". De esta manera el Antiguo Testamento es virtualmente desechado. "El Dios en el cual nosotros creemos", dicen los hombres, "es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo". Sin embargo, el Señor Jesucristo creyó en el Dios del Antiguo Testamento. El mismo dijo: "No piensen que he venido para destruir la ley, o los profetas; no he venido para destruir sino para cumplir" El creía en el Dios que se reveló a Moisés en el monte, y en los Diez Mandamientos. Nuestro Señor creyó y aceptó toda la enseñanza del Antiguo Testamento.

Los modernos no tienen derecho de afirmar que la nueva línea es de Cristo. Esta enseñanza no es de él; es de ellos mismos. El Dios que se ha revelado a sí mismo a nosotros a través de la Biblia es un Dios santo. Tanto el Nuevo Testamento como el Antiguo nos indican

que debemos acercarnos a Dios 'con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor' (He. 12:29 citando a Dt. 4:24). Por cierto, el Nuevo Testamento solamente nos da una noción tenue de la santidad, la majestad, la gloria y la grandeza de Dios. No había más que una representación externa. Dios es infinitamente santo. 'Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él'. Dios es justicia, Dios siempre es justo. Dios es amor, lo sé, pero Dios también es todas estas otras cosas; y no hay contradicción en ellas. Todas ellas son una sola, y todas ellas están simultáneamente presentes en eterno poder y plenitud, en la Deidad. Esa es la revelación de las Escrituras. Y la idea de que Dios pueda no tomar en cuenta el pecado, y hacer como si no lo hubiese visto, y cubrirlo, y perdonar a cada pecador, y nunca sentir ninguna ira, y nunca castigarlo, es, repito, no sólo una negación del Antiguo Testamento, sino una negación también del Nuevo Testamento. Es el Señor Jesucristo quien habló del lugar 'donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga'. Es él quien nos habla de la división entre ovejas y cabras; es él quien dice a ciertos hombres 'Apártense de mí. Nunca los he conocido; apártense al lugar preparado para el diablo y sus ángeles'. Nada puede ser tan monstruoso que esta enseñanza moderna se disfrace en el nombre del Nuevo Testamento y del Señor Jesucristo. Ella es una negación de la doctrina bíblica de Dios, tal como se encuentra en ambos Testamentos. Dios es un Dios santo, un Dios justo, un Dios recto, que ha expresado con toda claridad que castigará el pecado y la trasgresión, cosa que ha hecho muchas veces en el transcurso de la historia. El castigó a sus propios hijos de Israel por causa de sus transgresiones; él los envió al cautiverio; él levantó a los asirios y a los caldeos como instrumentos suyos para castigo de ellos. El apóstol Pablo enseña explícitamente en Romanos 1:18-22 que Dios castiga el pecado y que a veces lo hace abandonando al mundo a su propia maldad e iniquidad. Y cada vez resulta más claro que esto es lo que está haciendo hoy día y que hombres enceguecidos por la psicología moderna no pueden verlo, porque no entienden la verdad bíblica referida a Dios.

¿Por qué tiene tantos problemas el mundo? ¿Por qué estamos temblando por lo que pueda ocurrir mañana? ¿Por qué todos estamos alarmados por estos nuevos y terribles armamentos y la posibilidad de una guerra atómica? La explicación, sugiero yo, es que Dios está castigándonos dejándonos a nosotros mismos, porque nos hemos rehusado a someternos a él y a sus santas y rectas leyes. Nuestro alejamiento de la enseñanza bíblica referida a Dios, y como consecuencia de ello, de toda la verdad revelada referente a la disciplina, al gobierno y al orden ha resultado precisamente en el castigo hacia el cual los hombres están tan enceguecidos.

En cuarto lugar, hay una absoluta incomprensión respecto de lo que el pecado ha causado al hombre. Todos los conceptos modernos, según los cuales el hombre es fundamental y esencialmente bueno, y que solamente es preciso extraer lo bueno de él, para que todo esté en buen orden; que sólo hay que apelar al elemento positivo, y nunca castigar, y simplemente asumir uno mismo el castigo para que los transgresores sean conmovidos y tan quebrantados por la apelación moral que se les está presentando que automáticamente dejarán de obrar el mal y comenzarán a hacer el bien—todos estos conceptos, repito, son consecuencia de un rechazo de la doctrina bíblica del pecado. La simple respuesta a ellos es que la naturaleza del hombre es mala, y que como resultado de la caída el hombre es totalmente malo. Es un rebelde, vive sin ley, es gobernado por fuerzas erróneas, y por lo tanto, es insensible a todas las apelaciones que puedan venirle.

El mundo moderno lo está comprobando en virtud de amargas experiencias. El método moderno ha sido puesto a prueba ya hace varios años. ¿Y cuales son los resultados? ¡Crecientes problemas—delincuencia juvenil, desorden en el hogar, robo, violencia, crimen, hurtos, y la sociedad moderna entera en confusión! Ahora la nueva teoría ha tenido su oportunidad durante

treinta años o más y los problemas resultantes están creciendo de semana en semana y prácticamente de día en día. ¡Pero, no se puede esperar otra cosa! El hombre no es fundamentalmente bueno. 'Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal'. Esto es lo que se nos dice del hombre en los días anteriores al diluvio (Gn. 6:5). El hombre no es una criatura buena que sólo necesita un poco de estímulo; su naturaleza ha sido retorcida y pervertida y envilecida. El hombre es un rebelde, odia la luz, ama la oscuridad, es una criatura llena de deseos y pasiones. Y es a causa de no reconocer esto que se ha producido este concepto moderno y desastroso.

Pero en quinto lugar también existe este malentendido absoluto respecto de la doctrina de la expiación y redención, y de la doctrina fundamental de la regeneración. ¡Todavía no he encontrado a un pacifista que entienda la doctrina de la expiación! Todavía no he encontrado al hombre que sostiene el punto de vista moderno sobre la disciplina y el castigo y que al mismo tiempo entienda la doctrina de la expiación. La doctrina bíblica de la expiación nos dice que en la cruz del Calvario el justo, santo y recto Dios estaba castigando el pecado en la persona de su propio Hijo "con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro. 3:26). "Mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Is. 53:6b). "Por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2Co. 5:21). "Por cuya herida fuisteis sanados" (1 P. 2:24b). "Jehová quiso quebrantarlo" (Is. 53:10). La justicia y la rectitud de Dios demandaron esto, la ira de Dios sobre el pecado insistió en esto. Pero es aquí donde vemos realmente el amor de Dios, aquí vemos que es tan grande que la ira es derramada aun sobre su propio Hijo en toda su inocencia, para que nosotros pudiéramos ser rescatados y librados. Pero los modernos no entienden ni creen en la expiación. Ellos no ven sino sentimentalismo en la cruz; ellos ven soldados crueles dando muerte al Hijo de Dios que, sin embargo, sonríe sobre ellos y dice, "Aunque ustedes me hicieron esto, yo todavía les perdono".

Eso es lo que ellos afirman; pero no es lo que la Biblia enseña. La Biblia está llena de enseñanzas referidas a ofrendas quemadas y sacrificios, referidas a la necesidad de derramar la sangre sacrificial, y que 'sin derramamiento de sangre no se hace remisión (de pecado)' (He. 9:22). Esa es la enseñanza del Antiguo Testamento tanto como la del Nuevo; en cambio, este concepto moderno es una absoluta negación de ello. En todas partes hay enseñanzas sobre el castigo; y se ve en su expresión suprema en la cruz del monte Calvario.

O bien considérese la doctrina de la regeneración. Si el hombre es esencialmente bueno, no necesita ser 'nacido de nuevo', no necesita la regeneración. Sin embargo, la regeneración es una doctrina central en la Biblia; nuestra única esperanza consiste en que seamos hechos 'partícipes de la naturaleza divina'. Por lo tanto, esta nueva enseñanza es una negación de las doctrinas fundamentales de la Biblia; y no obstante se presenta y exhibe bajo el nombre del cristianismo. La enseñanza bíblica es que mientras el hombre no esté bajo 'la gracia', permanece 'bajo el dominio de la ley', que el pecado y el mal deben ser restringidos. ¡Y eso es lo que Dios ha hecho! ¿Quién ha establecido a los magistrados? ¡Dios! Léase Romanos 13. Allí nos dice que el servidor de Dios 'no en vano lleva la espada'. ¿Quién ha establecido a los reyes y gobernadores? ¡Dios! ¿Quién ha establecido los estados? ¡Dios! A fin de mantener el pecado y el mal dentro de sus límites. Si no lo hubiera hecho de esa manera, el mundo se habría descompuesto y reducido a la nada hace siglos. Dios ha instituido la ley por causa de la naturaleza pecaminosa del hombre, y para que el hombre pueda ser refrenado y mantenido lejos del mal hasta que esté 'bajo la gracia'. Fue Dios quien en los días de Moisés dio la ley y la dio por ese motivo. Y obviamente, para que una ley sea eficaz, debe tener sanciones. De nada valdría

tener una ley si cuando un hombre es arrestado por orden de esa ley inmediatamente se le dice: "Muy bien, no se preocupe, lo hemos arrestado, pero no será castigado". ¿Acaso eso tendría algún efecto?

Ciertamente hay una ilustración contemporánea que satisfará nuestras mentes con respecto a este asunto. Piense en los asaltos que ocurren en las carreteras. ¿Qué se hace al respecto? Las autoridades hacen súplicas, redactan declaraciones, ponen en vigencia nuevas regulaciones, comprometen a la radio y a la televisión a repetir las advertencias, y especialmente antes de Semana Santa y Navidad. Pero, ¿tiene eso algún efecto? ¡Apenas! ¿Por qué? Porque el hombre es un rebelde, porque por naturaleza vive sin ley. Hay una sola forma en que el estado puede tratar este problema y es mediante el castigo de los transgresores. Ese es el único lenguaje que ellos pueden entender. El hombre en pecado nunca ha entendido otro lenguaje. Acérquese a él en un espíritu de dulce razonamiento y se aprovechará de usted. El gobierno británico probó ese método con Hitler; nosotros lo llamamos apaciguamiento. Si ahora vemos que en aquel entonces fue un error, ¿por qué ahora no podemos ver que también es un error con todos los demás individuos? No hay sentido en apelar a los hombres en términos de un amable razonamiento cuando éstos son malos y gobernados por deseos y pasiones.

La enseñanza bíblica es que esa clase de gente debe ser castigada y que debe sentir su castigo. Si no están dispuestos a escuchar la ley, entonces las sanciones de la ley deben ser aplicadas. Dios, cuando dio su ley, la acompañó de sanciones las cuales debían ser aplicadas después de la trasgresión. Cuando se quebrantaba la ley, se ejecutaban las sanciones. Dios no da una ley, diciendo luego que la desobediencia a sus demandas no tiene importancia. Dios ejecuta su ley. Y si considera la historia de este país, para no ir tan lejos, descubrirá que las épocas más disciplinadas y más gloriosas en esta historia han sido aquellas que siguieron inmediatamente a una reforma religiosa. Consideren la época Isabelina que siguió a la Reforma protestante, cuando los hombres volvieron a la Biblia—al Antiguo y al Nuevo Testamento—y la pusieron en práctica, ejecutando sus leyes. La época Isabelina, la época de Cromwell, y el período que siguió al avivamiento evangélico del siglo XVIII, todos ellos demuestran este principio bíblico. La enseñanza bíblica afirma que el hombre, por ser una criatura caída, por ser un pecador y un rebelde, por ser una criatura de deseos y pasiones y gobernada por ellos, el hombre es un ser que debe ser refrenado por la fuerza y obligado al orden. El principio se aplica de igual manera a los niños como a los adultos. Tanto unos como otros son culpables de conducta desordenada, crimen, y desviación de la ley del país y de la ley de Dios. Pruebe cualquier otro método y habrá un retorno al caos, como ya estamos comenzando a experimentar. La enseñanza bíblica basada en el carácter y la naturaleza de Dios, enseñanza que reconoce que el hombre está en un estado de pecado, requiere que la ley sea ejecutada por la fuerza, para que los hombres puedan ser llevados al punto de ver y conocer a Dios; luego podrán ser conducidos a la gracia; y entonces, finalmente, podrán ser conducidos a poseer y obedecer la ley superior bajo la cual les será un deleite agradar a Dios y honrar y guardar sus santos mandamientos.

Por lo tanto, debemos comenzar con este principio de que la enseñanza bíblica en todas partes establece la necesidad de la disciplina y del castigo. Pero entonces, esto nos deja ante el siguiente interrogante: exactamente, ¿cómo debe ejecutarse ese castigo? Y particularmente, ¿cómo debe ejecutarse en el hogar cristiano? Y es precisamente allí donde nuestro texto cobra tanta importancia. Debe ejercer la disciplina, pero no debe 'provocar sus hijos a ira'. Hay una forma equivocada y una forma correcta de ejercer la disciplina y lo que ha de preocuparnos en adelante es descubrir el método correcto, verdadero y bíblico de ejercer la disciplina que manda la santa ley de Dios. El concepto moderno, si bien muchas veces invoca el nombre de Cristo, es

una negación de todas las doctrinas básicas y fundamentales de la fe cristiana. No nos sorprende entonces que personas no cristianas la sostengan en forma muy elocuente con respecto a la pena capital, la guerra, la educación, la reforma carcelaria, y a muchas otras cosas. No nos sorprende, repito, que ellos lo sostengan porque no esperamos de ellos un entendimiento cristiano y bíblico. Sin embargo, el cristiano debiera y debe entenderlo.

UNA DISCIPLINA EQUILIBRADA

Efesios 6:1-4

Llegamos ahora al tema de cómo administrar la disciplina. El apóstol trata este tema particularmente en el cuarto versículo. No hay ninguna duda sobre la necesidad de la disciplina y que la misma necesariamente debe ser ejecutada. ¿Pero, cómo se hace esto? Es aquí donde se ha originado mucha confusión. Ya hemos reconocido que más allá de toda duda nuestros antepasados Victorianos fueron culpables del error en lo que respecta a este punto. Reconocemos que con frecuencia no ejercieron la disciplina en forma correcta y bíblica. También vemos que la situación actual es en gran medida una violenta reacción contra aquello. No es algo que justifique la condición de nuestros días pero, sin embargo, nos ayuda a entenderla. Ahora lo importante es no caer en el error de volver de la situación actual a aquel otro extremo que fue igualmente equivocado. Con tal que sigamos las Escrituras, tendremos un punto de vista equilibrado. La disciplina es esencial y debe ser aplicada; pero el apóstol nos exhorta a ser sumamente cuidadosos en la forma de ejercerla, porque corremos el peligro de causar más daño que bien si no lo hacemos de la manera correcta.

Por supuesto, en términos generales, en la actualidad no se necesita mucho de esta enseñanza, porque, según he estado indicando, el problema principal es que la gente ni siquiera cree en la disciplina. Por eso apenas es necesario decirles que no se equivoquen en la forma de abstenerse de la disciplina. Tenemos que exhortar al hombre moderno a reconocer la necesidad de la disciplina y la necesidad de ponerla en práctica. Sin embargo, es en el reino de la iglesia—y tal vez particularmente en el ámbito de los cristianos evangélicos, especialmente en los Estados Unidos—donde en forma creciente existe la necesidad expresada por el apóstol aquí en este cuarto versículo. Esa necesidad nace de la siguiente manera. El peligro siempre presente, consiste en reaccionar con demasiada violencia. Estamos equivocados cada vez que nuestra actitud es determinada por otra que consideramos errónea. Nuestro punto de vista nunca debe resultar de una reacción meramente negativa. Este principio no sólo se aplica al tema particular que estamos considerando, sino a muchas esferas y áreas de la vida. Con demasiada frecuencia permitimos que nuestra actitud sea gobernada y determinada por algo que es equivocado. Permítanme darles una ilustración actual de esta tendencia. En nuestros días, en ciertas partes del mundo, existen cristianos que reaccionan con tanta violencia hacia un tipo equivocado de fundamentalismo que prácticamente pierde la esencia de la doctrina cristiana. Es su fastidio ante algo que es equivocado lo que determina su posición. Eso siempre está mal. Nuestra posición siempre debe ser determinada positivamente por las Escrituras. No debemos limitarnos a ser reaccionarios. Y en cuanto a este tema particular de la disciplina en el hogar y de los hijos, existe un peligro muy presente de que buenos cristianos evangélicos, habiendo visto claramente que la actitud moderna es total y completamente equivocada, y decididos a no aceptarla, puedan ir al

otro extremo y volver al concepto Victoriano. Por lo tanto, ellos son quienes necesitan la exhortación que encontramos en estos versículos de nuestra epístola.

El apóstol divide su enseñanza en dos secciones, la negativa y la positiva. Este problema, dice el apóstol no está confinado a los hijos; los padres también tienen que ser cuidadosos. Desde el punto de vista negativo él les dice: 'No provoquéis a ira a vuestros hijos'. Positivamente les dice: 'sino criadlos en la disciplina y amonestación del Señor'. Mientras recordemos estos dos aspectos, todo irá bien.

Comenzaremos con lo negativo, 'No provoquéis a ira a vuestros hijos'. Estas palabras también pueden ser traducidas de la siguiente manera: "No exasperen a sus hijos, no irriten a sus hijos, no provoquen en sus hijos una actitud de resentimiento". Al ejercer la disciplina siempre nos encontramos en forma muy real ante ese peligro. Y si incurrimos en esa culpa, el daño que estaremos haciendo será mayor que el bien. En tal caso no habremos tenido éxito en la aplicación de la disciplina a nuestros hijos, simplemente habremos producido en ellos una reacción tan violenta, tanta ira y resentimiento, que nuestro comportamiento casi habrá sido peor que si no hubiésemos ejercido ninguna disciplina. Pero como hemos visto, ambos extremos son del todo equivocados. En otras palabras, debemos ejercer esta disciplina de tal manera que no irritemos a nuestros hijos o provoquemos en ellos un resentimiento pecaminoso. Este es el equilibrio que se requiere de nosotros.

¿Cómo se logra esto? ¿Cómo pueden los padres ejercer esa clase de disciplina? Y no solamente los padres, sino también los maestros de escuela, o cualquier otra persona que está en posición de autoridad y control sobre aquellos que son menores que ellos mismos. Una vez más debemos volver al 5:18: 'No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu'. En todos los casos, allí está el secreto. Cuando estudiábamos ese versículo vimos que la vida vivida en el Espíritu, la vida de una persona que está llena del Espíritu, se caracteriza por dos cosas principales: poder y control. Se trata de un poder disciplinado. Recuerden como Pablo lo expresa al escribir a Timoteo: "Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio (disciplina)" (2 Ti. 1:8). No se trata de un poder descontrolado, sino de un poder controlado por el amor y por una mente sana, ¡por disciplina! En todos los casos ésta es siempre la característica de la vida de una persona 'llena del Espíritu'.

En otras palabras, el cristiano es totalmente diferente al hombre que vive bajo la influencia del vino, al hombre que está embriagado de vino. En ese hombre siempre hay disolución, ese hombre siempre reacciona con violencia. Se puede irritar fácilmente a una persona ebria y provocarla a una reacción violenta. Esa persona carece de equilibrio, carece de juicio; cualquier trivialidad le ofende en gran manera y por otra parte, cualquier trivialidad es capaz de agradaarle en demasía. En todos los casos e invariablemente es culpable de reaccionar excesivamente. Pero el cristiano, dice el apóstol, siempre manifiesta la antítesis de ese tipo de conducta.

¿Cómo entonces debo ejercer esta disciplina? 'No provoquéis a ira a vuestros hijos'. Ese debe ser el primer principio que gobierne nuestra actitud. En tanto no seamos capaces de ejercer autocontrol y disciplina sobre nuestro propio temperamento, seremos incapaces de ejercer auténtica disciplina sobre ellos. El problema de una persona que está 'embriagada de vino' es que no puede controlarse a sí misma; esa persona está siendo controlada por sus instintos y pasiones, por su naturaleza inferior. El alcohol pone fuera de operación los centros más elevados del cerebro incluyendo el sentido de control. El alcohol es una de esas drogas deprimentes que eliminan esa fina capacidad de discriminar las cosas del cerebro, ese centro altísimo, con el resultado de dar lugar a los elementos instintivos y elementales. Eso es lo que ocurre con la

persona que se embriaga con vino resultando de allí la disolución y falta de control. Pero los cristianos deben estar llenos del Espíritu y las personas que están llenas del Espíritu siempre se caracterizan por su dominio sobre sí mismas. Cuando uno disciplina a un niño, debe haberse controlado primero a sí mismo. Si trata de disciplinar a su hijo estando lleno de cólera, con toda seguridad será mayor el daño que el bien que hará. ¿Qué derecho tiene de decir a su hijo que necesita disciplina cuando obviamente usted mismo la necesita? El autocontrol, el control del propio carácter, es un requisito esencial en el control que se ejerce sobre otras personas. Pero precisamente allí está el problema, ¿no es cierto? Lo vemos en las calles, lo vemos en todas partes. Vemos a los padres airados administrando castigo, muchas veces temblando de cólera. Carecen de autocontrol, y como resultado exasperan al niño. De manera entonces que el primer principio es que debemos comenzar con nosotros mismos. Debemos asegurarnos de estar totalmente controlados, de tener la mente fresca. No importa lo que haya ocurrido, sea cual fuere la provocación, nosotros no debemos reaccionar con la violencia de aquella persona que está ebria; siempre debe existir esta disciplina personal, este autocontrol que capacita a una persona a mirar objetivamente la situación y reaccionar ante ella en una forma controlada y equilibrada. ¡Qué importante es esto! Incluso las naciones deben aprender esta lección. Sus conferencias fracasan porque los hombres se comportan como niños o peor; no pueden controlarse a sí mismos y reaccionan violentamente. Esta forma 'ebria' de comportarse, estas reacciones violentas son causa de guerra. Esas reacciones son las causas principales de todas las crisis en la vida—en el matrimonio, en el hogar, en cada una de las esferas de la vida. Pero en ninguna parte tiene mayor importancia esta lección que en lo referido a la disciplina de nuestros hijos.

En cierto sentido el segundo principio surge del primero. Si un padre va a ejercer esta disciplina en forma correcta, nunca debe ser caprichoso. No hay nada más irritante para aquel que es sometido a la disciplina que la sensación de que la otra persona es caprichosa y carente de firmeza. No hay nada más irritante para un niño que un padre cuya conducta y cuyas acciones nunca pueden ser predichas, que son volubles, y cuya actitud siempre es incierta. No hay peores padres que aquellos que un día en tono muy amable, son indulgentes y permiten que el niño haga prácticamente lo que quiera, pero que al día siguiente estalla en un ataque si el niño hace algo que no tiene mucha importancia. Tal conducta vuelve imposible la vida del niño. Una actitud caprichosa de parte del padre nuevamente indica que está como 'ebrio con vino'. Las reacciones de una persona ebria son imposibles de predecir; no se puede decir si esa persona va a estar de buen talante o de mal carácter; esa persona no es gobernada por la razón, carece de control, carece de equilibrio. Esa clase de padre, vuelvo a decirlo, fracasa en el ejercicio de una disciplina positiva y correcta, y la condición del niño se vuelve imposible. El niño es irritado y provocado a la ira, y consecuentemente carece de respeto por semejante padre.

No me refiero solamente a reacciones temperamentales, sino también a la conducta. El padre que es inconsistente en su conducta realmente no puede ejercer la disciplina sobre su hijo. Un padre que un día hace algo y al día siguiente lo contrario, no es capaz de ejercer sana disciplina. Debe haber una consistencia no sólo en la reacción, sino también en la conducta y el comportamiento del padre; el padre debe tener una norma de vida, porque el hijo siempre está observando y mirando. Pero si ve que el padre es errático y que él mismo hace precisamente aquello que prohíbe al hijo, nuevamente no se puede esperar que ese hijo se beneficie de la disciplina administrada por su padre. Para que los padres ejerzan la disciplina, es preciso que no haya nada errático, caprichoso, incierto o cambiadizo en ellos.

Otro principio de suprema importancia es que los padres nunca deben ser carentes de razonamiento o indispuestos a escuchar el caso del hijo. No existe nada más irritante para aquel

que es sometido a la disciplina que la sensación de que todo el procedimiento es totalmente irrazonable. En otras palabras, es un padre totalmente deficiente aquel que no considera ninguna circunstancia o que no escucha ninguna posible explicación. Algunos padres y algunas madres en su deseo de ejercer la disciplina, corren el peligro de volverse totalmente irrazonables y de esa manera ellos mismos se hacen culpables de error. El informe que han recibido acerca del hijo puede estar equivocado o bien pudo haber circunstancias peculiares que ellos ignoran; pero ni siquiera permiten que el hijo exponga su posición u ofrezca algún tipo de explicación. Por supuesto, uno comprende que el hijo puede aprovecharse de esto. Solamente quiero decir que nunca debemos ser irrazonables. Permita que el hijo ofrezca su explicación y si no es una explicación auténtica se puede castigarlo también por ella tanto como por el hecho particular que constituye la ofensa. Pero rehusarse a escuchar, prohibir cualquier tipo de respuesta es una actitud inexcusable.

Todos tenemos un claro concepto sobre este principio cuando vemos que el estado se comporta equivocadamente. No queremos un estado policial y estamos orgullosos del habeas corpus en este país, según el cual mantener a una persona en prisión sin llevarlo a juicio constituye un grave daño. Somos muy elocuentes en esto pero muchas veces en nuestros hogares es precisamente eso lo que hacemos. El niño no tiene la menor oportunidad de presentar su caso, en ningún momento se permite que prevalezca la razón en la situación, nos rehusamos a reconocer siquiera que existe una posible explicación a lo que hemos escuchado hasta el momento. Semejante conducta siempre es errónea; es una conducta que provoca la ira en nuestros hijos. Sin duda los exaspera e irrita y los lleva a un estado de rebelión y antagonismo.

Sin embargo, existe otro principio que debe ser tomado en consideración: El padre nunca debe ser egoísta. 'No provoquéis a ira a vuestros hijos'. A veces eso ocurre porque los padres son culpables de un innegable egoísmo. Mi denuncia va dirigida a aquellas personas que no reconocen que el hijo tiene su propia vida y su propia personalidad y que aparentemente piensan que los hijos son totalmente para sus propios placeres y para su propio uso. En el fondo su concepto de paternidad y de lo que ello significa es equivocado. Ellos no alcanzan a comprender que nosotros no somos sino guardianes y custodios de estas vidas que nos han sido dadas, que en realidad no los poseemos a ellos, que no nos 'pertenecen', que no son 'bienes' o efectos personales, y que no tenemos derechos absolutos sobre ellos. Sin embargo existen muchos padres que se comportan como si tuviesen tal derecho de propiedad; y en ese caso la personalidad del hijo no recibe reconocimiento alguno. No hay nada más deplorable o reprehensible que un padre dominante. Me refiero al tipo de padre que impone su propia personalidad sobre el hijo y que siempre aplasta la personalidad del hijo; es el tipo de padre que lo demanda todo y que lo espera todo del hijo. Generalmente se conoce esta actitud como posesividad. Es una actitud por demás cruel y lamentablemente puede extenderse aun hasta la vida adulta del hijo.

Algunas de las mayores tragedias que he encontrado en mi experiencia pastoral se han debido precisamente a este motivo. Conozco a muchas personas cuyas vidas han sido totalmente arruinadas por padres egoístas, posesivos, dominantes. Conozco a muchos hombres y mujeres que nunca han contraído matrimonio por esta causa. Se les hizo sentir que eran poco menos que criminales por el solo hecho de pensar en dejar a papá y mamá; debían vivir sus vidas enteras para los padres. ¿Para qué otra cosa había venido al mundo sino para esto? No se les permitía tener una vida independiente, una vida propia, o desarrollar su propia personalidad; un padre o una madre dominante habían aplastado la vida e individualidad del hijo o de la hija. Eso no es disciplina; es tiranía del peor tipo, y una contradicción de las claras enseñanzas de la Escritura. Es algo totalmente inexcusable, y mientras aplasta la personalidad del niño éste incuba

resentimiento. ¿De qué otra manera podría ser? Estemos completamente seguros de ser totalmente libres de tal actitud. 'No os embriaguéis con vino en lo cual hay disolución'. El ebrio no piensa sino en sí mismo, su única preocupación es la propia satisfacción. Si pensara en los demás nunca se embriagaría, porque sabe que al hacerlo les causa sufrimiento. La ebriedad es una manifestación de egoísmo, es una forma clara e innegable de ser indulgente consigo mismo. De ninguna manera debemos ser culpables de tal clase de espíritu, y particularmente no debemos serlo en esta relación por demás delicada de padres e hijos.

Con todo esto reitero que el castigo y la disciplina nunca deben ser administrados en forma mecánica. Hay gente que cree en la disciplina por amor a la disciplina misma. Esa no es la enseñanza bíblica sino la filosofía del sargento mayor. No hay nada que se pueda decir en favor de ello, ¡es una actitud carente de inteligencia! Eso es lo horrible de esta clase de disciplina. En el ejército y en otras fuerzas armadas la disciplina carece de inteligencia; es ejecutada por meros números, la personalidad no recibe consideración alguna. Allí tal vez pueda ser necesaria. Pero cuando llegamos al ámbito del hogar, es una actitud totalmente inexcusable. En otras palabras, para administrar la disciplina en forma correcta y auténtica, siempre debe existir una razón para hacerlo; no se la debe aplicar en forma mecánica. En todos los casos debe ser una conducta inteligente; siempre debe tener una razón de ser, y esa razón siempre debe ser totalmente aclarada. Nunca se la debe considerar en términos de oprimir un botón y esperar un resultado inevitable. Eso no es auténtica disciplina; eso ni siquiera es humano. Eso pertenece a reino de la mecánica. En cambio la verdadera disciplina siempre se basa en el entendimiento; la disciplina puede hablar por sí misma; siempre tiene una explicación que ofrecer.

Nótense que a lo largo de todo este estudio descubrimos la necesidad de trazar un equilibrio. Al criticar el concepto moderno que de ninguna manera reconoce la necesidad de disciplina, hemos notado que su punto de partida consiste en creer que lo único que hay que hacer es ofrecer explicaciones, hacer apelaciones y por resultado, todo saldrá bien. Hemos visto claramente que eso no es cierto, ni en teoría ni en práctica. Pero es igualmente erróneo lanzarse al otro extremo y decir: "Esto debe ser hecho porque yo lo digo así. No hay lugar para preguntas y tampoco habrá explicaciones". Una disciplina cristiana equilibrada, nunca será mecánica; siempre es algo viviente, algo personal, siempre implicará el entendimiento, y sobre todas las cosas siempre será en gran manera inteligente. Esta clase de disciplina sabe lo que está haciendo y nunca se hace culpable de excesos. Siempre está en el control de sí misma, lejos de ser una especie de catarata cuyo torrente salta en forma incontrolada y violenta. En el corazón y centro de la disciplina correcta siempre existe este elemento de inteligencia y comprensión.

Esto nos lleva inevitablemente al sexto principio. La disciplina nunca debe ser demasiado severa. Aquí tal vez se encuentra el peligro que en la actualidad encaran muchos buenos padres al ver el completo desorden de sus hijos y justificadamente lamentan y condenan esa realidad. Corren el peligro de ser afectados tan profundamente por su repulsión que en consecuencia, irán a este otro extremo de ser demasiado severos. El término opuesto a la ausencia total de disciplina no es la crueldad, sino una disciplina equilibrada, una disciplina controlada. Un antiguo refrán nos suple aquí con la regla y ley fundamental sobre este asunto. El refrán dice que "el castigo debe ser conforme al crimen". En otras palabras, debemos cuidarnos de no administrar el castigo máximo por todas las ofensas, grandes o pequeñas. Esto es reiterar simplemente que no debe ser algo mecánico; porque si el castigo ejecutado es desproporcional a la trasgresión, al crimen, o lo que sea, pierde toda su posibilidad de hacer bien. En ese caso será inevitable que el castigado aliente un sentimiento de injusticia, una sensación de que el castigo es demasiado severo, desproporcionado a la trasgresión y que en consecuencia constituye un acto de violencia y no un

sano castigo. Inevitablemente ello produce la 'ira' que menciona el apóstol. El hijo se irrita, y siente que se trata de algo irrazonable. Aunque tal vez esté preparado a admitir cierta medida de culpa, también está totalmente seguro de que el asunto no fue tan grave. Para expresarlo de otra manera, nunca debemos humillar a otra persona. Si al castigar o administrar disciplina o corrección somos culpables de humillar al hijo, demostramos evidentemente que somos nosotros mismos quienes necesitamos ser disciplinados. ¡Nunca humille a otros! Ejecute el castigo cuando es castigo lo que se requiere, pero que sea un castigo razonable basado en la comprensión. Sin embargo, no lo haga nunca de modo que el hijo se sienta pisoteado y totalmente humillado en su presencia y, lo que sería peor, en presencia de otros, con la violencia de aquella persona que está ebria; siempre debe existir esta disciplina personal, este autocontrol que capacita a una persona a mirar objetivamente la situación y reaccionar ante ella en una forma controlada y equilibrada. ¡Qué importante es esto! Incluso las naciones deben aprender esta lección. Sus conferencias fracasan porque los hombres se comportan como niños o peor; no pueden controlarse a sí mismos y reaccionan violentamente. Esta forma 'ebria' de comportarse, estas reacciones violentas son causa de guerra. Esas reacciones son las causas principales de todas las crisis en la vida—en el matrimonio, en el hogar, en cada una de las esferas de la vida. Pero en ninguna parte tiene mayor importancia esta lección que en lo referido a la disciplina de nuestros hijos.

En cierto sentido el segundo principio surge del primero. Si un padre va a ejercer esta disciplina en forma correcta, nunca debe ser caprichoso. No hay nada más irritante para aquel que es sometido a la disciplina que la sensación de que la otra persona es caprichosa y carente de firmeza. No hay nada más irritante para un niño que un padre cuya conducta y cuyas acciones nunca pueden ser predichas, que son volubles, y cuya actitud siempre es incierta. No hay peores padres que aquellos que un día en tono muy amable, son indulgentes y permiten que el niño haga prácticamente lo que quiera, pero que al día siguiente estalla en un ataque si el niño hace algo que no tiene mucha importancia. Tal conducta vuelve imposible la vida del niño. Una actitud caprichosa de parte del padre nuevamente indica que está como 'ebrio con vino'. Las reacciones de una persona ebria son imposibles de predecir; no se puede decir si esa persona va a estar de buen talante o de mal carácter; esa persona no es gobernada por la razón, carece de control, carece de equilibrio. Esa clase de padre, vuelvo a decirlo, fracasa en el ejercicio de una disciplina positiva y correcta, y la condición del niño se vuelve imposible. El niño es irritado y provocado a la ira, y consecuentemente carece de respecto por semejante padre.

No me refiero solamente a reacciones temperamentales, sino también a la conducta. El padre que es inconsistente en su conducta realmente no puede ejercer la disciplina sobre su hijo. Un padre que un día hace algo y al día siguiente lo contrario, no es capaz de ejercer sana disciplina. Debe haber una consistencia no sólo en la reacción, sino también en la conducta y el comportamiento del padre; el padre debe tener una norma de vida, porque el hijo siempre está observando y mirando. Pero si ve que el padre es errático y que él mismo hace precisamente aquello que prohíbe al hijo, nuevamente no se puede esperar que ese hijo se beneficie de la disciplina administrada por su padre. Para que los padres ejerzan la disciplina, es preciso que no hay nada errático, caprichoso, incierto o cambiadizo en ellos.

Otro principio de suprema importancia es que los padres nunca deben ser carentes de razonamiento o indispuestos a escuchar el caso del hijo. No existe nada más irritante para aquel que es sometido a la disciplina que la sensación de que todo el procedimiento es totalmente irrazonable. En otras palabras, es un padre totalmente deficiente aquel que no considera ninguna circunstancia o que no escucha ninguna posible explicación. Algunos padres y algunas madres en su deseo de ejercer la disciplina, corren el peligro de volverse totalmente irrazonables y de esa

manera ellos mismos se hacen culpables de error. El informe que han recibido acerca del hijo puede estar equivocado o bien pudo haber circunstancias peculiares que ellos ignoran; pero ni siquiera permiten que el hijo exponga su posición u ofrezca algún tipo de explicación. Por supuesto, uno comprende que el hijo puede aprovecharse de esto. Solamente quiero decir que nunca debemos ser irrazonables. Permita que el hijo ofrezca su explicación y si no es una explicación auténtica se puede castigarlo también por ella tanto como por el hecho particular que constituye la ofensa. Pero rehusarse a escuchar, prohibir cualquier tipo de respuesta es una actitud inexcusable.

Todos tenemos un claro concepto sobre este principio cuando vemos que el estado se comporta equivocadamente. No queremos un estado policial y estamos orgullosos del habeas corpus en este país, según el cual mantener a una persona en prisión sin llevarlo a juicio constituye un grave daño. Somos muy elocuentes en esto pero muchas veces en nuestros hogares es precisamente eso lo que hacemos. El niño no tiene la menor oportunidad de presentar su caso, en ningún momento se permite que prevalezca la razón en la situación, nos rehusamos a reconocer siquiera que existe una posible explicación a lo que hemos escuchado hasta el momento. Semejante conducta siempre es errónea; es una conducta que provoca la ira en nuestros hijos. Sin duda los exaspera e irrita y los lleva a un estado de rebelión y antagonismo.

Sin embargo, existe otro principio que debe ser tomado en consideración: El padre nunca debe ser egoísta. 'No provoquéis a ira a vuestros hijos'. A veces eso ocurre porque los padres son culpables de un innegable egoísmo. Mi denuncia va dirigida a aquellas personas que no reconocen que el hijo tiene su propia vida y su propia personalidad y que aparentemente piensan que los hijos son totalmente para sus propios placeres y para su propio uso. En el fondo su concepto de paternidad y de lo que ello significa es equivocado. Ellos no alcanzan a comprender que nosotros no somos sino guardianes y custodios de estas vidas que nos han sido dadas, que en realidad no los poseemos a ellos, que no nos 'pertenecen', que no son 'bienes' o efectos personales, y que no tenemos derechos absolutos sobre ellos. Sin embargo existen muchos padres que se comportan como si tuviesen tal derecho de propiedad; y en ese caso la personalidad del hijo no recibe reconocimiento alguno. No hay nada más deplorable o reprehensible que un padre dominante. Me refiero al tipo de padre que impone su propia personalidad sobre el hijo y que siempre aplasta la personalidad del hijo; es el tipo de padre que lo demanda todo y que lo espera todo del hijo. Generalmente se conoce esta actitud como posesividad. Es una actitud por demás cruel y lamentablemente puede extenderse aun hasta la vida adulta del hijo.

Algunas de las mayores tragedias que he encontrado en mi experiencia pastoral se han debido precisamente a este motivo. Conozco a muchas personas cuyas vidas han sido totalmente arruinadas por padres egoístas, posesivos, dominantes. Conozco a muchos hombres y mujeres que nunca han contraído matrimonio por esta causa. Se les hizo sentir que eran poco menos que criminales por el solo hecho de pensar en dejar a papá y mamá; debían vivir sus vidas enteras para los padres. ¿Para qué otra cosa había venido al mundo sino para esto? No se les permitía tener una vida independiente, una vida propia, o desarrollar su propia personalidad; un padre o una madre dominante habían aplastado la vida e individualidad del hijo o de la hija. Eso no es disciplina; es tiranía del peor tipo, y una contradicción de las claras enseñanzas de la Escritura. Es algo totalmente inexcusable, y mientras aplasta la personalidad del niño éste incuba resentimiento. ¿De qué otra manera podría ser? Estemos completamente seguros de ser totalmente libres de tal actitud. 'No os embriaguéis con vino en lo cual hay disolución'. El ebrio no piensa sino en sí mismo, su única preocupación es la propia satisfacción. Si pensara en los demás nunca se embriagaría, porque sabe que al hacerlo les causa sufrimiento. La ebriedad es una

manifestación de egoísmo, es una forma clara e innegable de ser indulgente consigo mismo. De ninguna manera debemos ser culpables de tal clase de espíritu, y particularmente no debemos serlo en esta relación por demás delicada de padres e hijos.

Con todo esto reitero que el castigo y la disciplina nunca deben ser administrados en forma mecánica. Hay gente que cree en la disciplina por amor a la disciplina misma. Esa no es la enseñanza bíblica sino la filosofía del sargento mayor. No hay nada que se pueda decir en favor de ello, ¡es una actitud carente de inteligencia! Eso es lo horrible de esta clase de disciplina. En el ejército y en otras fuerzas armadas la disciplina carece de inteligencia; es ejecutada por meros números, la personalidad no recibe consideración alguna. Allí tal vez pueda ser necesaria. Pero cuando llegamos al ámbito del hogar, es una actitud totalmente inexcusable. En otras palabras, para administrar la disciplina en forma correcta y auténtica, siempre debe existir una razón para hacerlo; no se la debe aplicar en forma mecánica. En todos los casos debe ser una conducta inteligente; siempre debe tener una razón de ser, y esa razón siempre debe ser totalmente aclarada. Nunca se la debe considerar en términos de oprimir un botón y esperar un resultado inevitable. Eso no es auténtica disciplina; eso ni siquiera es humano. Eso pertenece al reino de la mecánica. En cambio la verdadera disciplina siempre se basa en el entendimiento; la disciplina puede hablar por sí misma; siempre tiene una explicación que ofrecer.

Nótense que a lo largo de todo este estudio descubrimos la necesidad de trazar un equilibrio. Al criticar el concepto moderno que de ninguna manera reconoce la necesidad de disciplina, hemos notado que su punto de partida consiste en creer que lo único que hay que hacer es ofrecer explicaciones, hacer apelaciones y por resultado, todo saldrá bien. Hemos visto claramente que eso no es cierto, ni en teoría ni en práctica. Pero es igualmente erróneo lanzarse al otro extremo y decir: "Esto debe ser hecho porque yo lo digo así. No hay lugar para preguntas y tampoco habrá explicaciones". Una disciplina cristiana equilibrada, nunca será mecánica; siempre es algo viviente, algo personal, siempre implicará el entendimiento, y sobre todas las cosas siempre será en gran manera inteligente. Esta clase de disciplina sabe lo que está haciendo y nunca se hace culpable de excesos. Siempre está en el control de sí misma, lejos de ser una especie de catarata cuyo torrente salta en forma incontrolada y violenta. En el corazón y centro de la disciplina correcta siempre existe este elemento de inteligencia y comprensión.

Esto nos lleva inevitablemente al sexto principio. La disciplina nunca debe ser demasiado severa. Aquí tal vez se encuentra el peligro que en la actualidad encaran muchos buenos padres al ver el completo desorden de sus hijos y justificadamente lamentan y condenan esa realidad. Corren el peligro de ser afectados tan profundamente por su repulsión que en consecuencia, irán a este otro extremo de ser demasiado severos. El término opuesto a la ausencia total de disciplina no es la crueldad, sino una disciplina equilibrada, una disciplina controlada. Un antiguo refrán nos suple aquí con la regla y ley fundamental sobre este asunto. El refrán dice que "el castigo debe ser conforme al crimen". En otras palabras, debemos cuidarnos de no administrar el castigo máximo por todas las ofensas, grandes o pequeñas. Esto es reiterar simplemente que no debe ser algo mecánico; porque si el castigo ejecutado es desproporcional a la trasgresión, al crimen, o lo que sea, pierde toda su posibilidad de hacer bien. En ese caso será inevitable que el castigado aliente un sentimiento de injusticia, una sensación de que el castigo es demasiado severo, desproporcionado a la trasgresión y que en consecuencia constituye un acto de violencia y no un sano castigo. Inevitablemente ello produce la 'ira' que menciona el apóstol. El hijo se irrita, y siente que se trata de algo irrazonable. Aunque tal vez esté preparado a admitir cierta medida de culpa, también está totalmente seguro de que el asunto no fue tan grave. Para expresarlo de otra manera, nunca debemos humillar a otra persona. Si al castigar o administrar disciplina o

corrección somos culpables de humillar al hijo, demostramos evidentemente que somos nosotros mismos quienes necesitamos ser disciplinados. ¡Nunca humille a otros! Ejecute el castigo cuando es castigo lo que se requiere, pero que sea un castigo razonable basado en la comprensión. Sin embargo, no lo haga nunca de modo que el hijo se sienta pisoteado y totalmente humillado en su presencia y, lo que sería peor, en presencia de otros.

Yo sé que todo esto puede resultar muy difícil; pero si somos 'llenos del Espíritu' tendremos un sano juicio en estos asuntos. En ese caso aprenderé mos que nuestra administración de disciplina nunca debe ser una simple forma de desahogar nuestros propios sentimientos. En todos los casos eso está mal; además, nunca debemos permitir que al ejecutar el castigo seamos gobernados por un sentimiento de deleite; nunca debemos, según ya lo he subrayado, pisotear la personalidad y vida del individuo con quien estamos tratando. El Espíritu nos advierte que en este sentido debemos ser extremadamente cuidadosos. Tan pronto desconsideramos la personalidad e introducimos este concepto rígido, duro y áspero del castigo, nos hacemos culpables de la conducta contra la cual Pablo nos exhorta aquí. En tal caso estaremos provocando e irritando a nuestros hijos a ira y convirtiéndolos en rebeldes. Estaremos perdiendo su respeto y despertando en ellos la sensación de que somos difíciles de tratar; en ellos se enciende un sentimiento de injusticia y comienzan a tenernos por crueles. Esto no beneficia, ni a una parte ni a la otra, de modo que nunca debemos intentar la disciplina de esa manera.

Así pues llegamos a lo que en muchos sentidos es nuestro último aspecto negativo. Nunca debemos dejar de reconocer el crecimiento y desarrollo en el hijo. Este es otro defecto alarmante y propio a los padres pero que, gracias a Dios, ya no es tan frecuente como solía serlo. Sin embargo, todavía existen algunos padres que siguen considerando a los hijos por el resto de sus vidas, como si nunca hubiesen dejado de ser niños. Los hijos pueden tener veinticinco años, pero ellos aún los tratan como si tuviesen cinco. No reconocen que esta persona, este individuo, este hijo que Dios les ha dado en su gracia, está creciendo y desarrollándose para alcanzar la madurez. No reconocen que la personalidad del hijo está floreciendo, que su conocimiento está creciendo, que su experiencia se está ampliando, y que el niño se está desarrollando como ellos mismos un día se desarrollaron. En la etapa de la adolescencia esto es de particular importancia; en consecuencia, uno de los mayores problemas sociales de la actualidad es el manejo y tratamiento de los adolescentes. Ese es tanto el problema de la escuela dominical como el de las escuelas diurnas. Los maestros de la escuela dominical afirman que prácticamente no tienen dificultades hasta que los niños llegan a la adolescencia, pero luego existe la tendencia de perderlos. Los padres descubren lo mismo. Este período de la adolescencia tiene la fama de ser la edad más difícil que todos debemos atravesar y, en consecuencia, necesita de gracia y entendimiento especial; necesita del más delicado de los cuidados.

Como padres jamás debemos ser culpables de no reconocer este factor; pero además es preciso ajustarnos a él. El hecho de que pueda dominar a su hijo, digamos hasta la edad de nueve o diez años, no debe impulsarle a decir: "Voy a seguir de esta manera, venga lo que viniere. Su voluntad debe someterse a la mía. No me importa lo que él pueda sentir o lo que entienda, es poco lo que los hijos entienden y, por lo tanto, he de seguir imponiendo mi voluntad a la suya". Pensar y actuar de esa manera significa que con toda seguridad estará provocando la ira de su hijo y de esa manera causándole gran daño. Causará daño psicológico a su hijo y quizás también físico, este tipo de comportamiento de parte de los padres produce prolíficamente esos efectos y resultados. Nunca debemos ser culpables de ello.

"¿Cómo evito todos estos males?" Una buena regla consiste en nunca forzar nuestros puntos de vista sobre nuestros hijos. Hasta cierta edad será correcto y sano enseñarles ciertas

cosas e insistir en ellas, y si esto es hecho apropiadamente no causará dificultad alguna. A ellos incluso les gusta. Pero poco tiempo después ellos llegan a una edad cuando comienzan a oír otras voces e ideas de sus amigos, probablemente en la escuela u otros lugares de reunión. Entonces comienza a desatollarse una crisis. El instinto de los padres tiende, y con mucha razón, a proteger al hijo; sin embargo, puede hacerlo de tal manera que, repito, el daño causado sea mayor que el beneficio. Si da a su hijo la impresión de que debe creer estas cosas por el solo hecho de que usted las cree, y porque sus padres las creyeron, inevitablemente causará una reacción. Es contrario a las Escrituras. Y no solamente es contrario a las Escrituras, sino que exhibirá una lamentable falta de comprensión de la doctrina neotestamentaria de la regeneración.

En este punto surge un importante principio que no sólo se aplica a este aspecto sino, a muchas otras áreas de la vida. Constantemente tengo que decir a las personas que se han convertido en cristianas en tanto sus seres queridos no lo han hecho, a tener cuidado. Ellas sí han llegado a ver la verdad cristiana, pero no pueden entender por qué aquel otro miembro de la familia —esposo, esposa, padre, madre, o hijo—no puede hacerlo también. Toda su tendencia es de ser impacientes con ellos y forzarlos hacia la fe cristiana, a imponerles su creencia. De ninguna manera debe hacerse esto. Si la persona en cuestión no ha sido regenerada, él o ella no pueden ejercer la fe. Antes de poder creer debemos ser 'avivados'. Cuando uno está 'muerto en transgresiones y pecados' uno no puede creer; de manera que uno no puede imponer la fe sobre otros. Ellos no lo ven, ellos no lo entienden. "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1Co. 2:14). Es precisamente aquí donde muchos padres han caído en el error. Trataron de forzar a sus hijos adolescentes a aceptar la fe cristiana; trataron de imponerles sus puntos de vista, trataron de obligarlos a decir cosas que ellos en realidad no creían. Este método siempre es equivocado.

"¿Muy bien, qué se puede hacer entonces?", se me preguntará. Nuestra responsabilidad consiste en tratar de ganarlos, en tratar de mostrarles la excelencia y la razón de lo que somos y de lo que creemos. Debemos ser muy Pacientes con ellos y aceptar sus dificultades. Ellos tienen sus dificultades aunque a usted le parezcan nada. Sin embargo, para ellos son muy reales.

Todo el arte de ejercer disciplina consiste en reconocer constantemente a esa otra personalidad. Debe, por así decirlo, ponerse en su lugar y, con auténtica simpatía y amor y entendimiento, tratar de ayudarlo. Si los hijos rehúsan y rechazan sus esfuerzos, no reaccione violentamente, sino déles la impresión de que lo lamenta profundamente, que está muy apenado por amor a ellos, y que tiene la impresión que ellos están perdiendo algo sumamente precioso. Al mismo tiempo tiene que hacer tantas concesiones como les sea posible. No debe ser duro o rígido, no debe rechazar todas las cosas automáticamente, sin ninguna razón, simplemente porque es el padre y este es su método y su manera. Al contrario, debe preocuparse por hacer toda concesión legítima que esté a su alcance, debe ir tan lejos como le sea posible en el asunto de las concesiones, y así demostrar que respeta a la personalidad y a la individualidad de su hijo. Eso en sí, y por sí solo siempre es bueno y correcto y siempre tendrá buenos resultados.

Permítanme resumir mi argumento. La disciplina siempre debe ser ejercida en amor, y si no puede ejercerla en amor ni siquiera trate de usarla. En ese caso debe tratar primero consigo mismo. El apóstol ya nos ha dicho, en un sentido más general, que debemos hablar la verdad en amor. Sin embargo, exactamente lo mismo se aplica acá. Hable la verdad, pero en amor. Es exactamente lo mismo con la disciplina; la disciplina siempre debe ser gobernada y controlada por el amor. 'No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución, sino sed llenos del Espíritu'. ¿Cuál es 'el fruto del Espíritu?' 'Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,

mansedumbre, templanza'. Si como padres estamos 'llenos del Espíritu' y producimos este fruto, la disciplina no será problema en lo que a nosotros concierne. 'Amor, gozo, paz, paciencia'— siempre en amor, siempre por el bien del hijo. El objeto de la disciplina no es mantener su propia opinión, o decir, "yo he decidido que es así como esto debe ser, y por lo tanto debe ser así". No debe pensar primeramente en sí mismo sino en el hijo. El bien del hijo será el motivo que lo gobierne. Debe tener un concepto correcto de la paternidad y considerar a su hijo como una vida que le ha sido concedida por Dios. ¿Para qué? ¿Acaso será para adueñarse de él, para formarlo según su propio patrón, para imponer sobre él la personalidad suya? ¡De ninguna manera! El hijo ha sido colocado bajo su cuidado y responsabilidad para que, al final, su alma pueda llegar a conocer a Dios y al Señor Jesucristo. El hijo es una persona en sí, tal como lo es usted, dado y enviado por Dios a este mundo tal como ocurrió con usted. De manera que debe considerar a sus hijos principalmente como almas, y no como a animales que por casualidad están en su posesión, o como ciertos bienes que posee. Se trata de un alma que le ha sido encomendada por Dios y debe actuar como su guardián y custodio.

Finalmente, la disciplina siempre debe ser ejercida de tal manera que los hijos lleguen a respetar a sus padres. Ellos no siempre entenderán y probablemente a veces sentirán que no merecen el castigo. Pero, si nosotros estarnos 'llenos del Espíritu' el efecto de nuestra disciplina será que nos amen y respeten; y entonces llegará el día cuando nos agradecerán por haber actuado de esa manera. Aun en aquellos casos cuando quieran defenderse a sí mismos, habrá algo en su interior diciéndoles que nosotros tenemos razón. En el fondo tendrán respeto por nuestro carácter. Ellos observan nuestras vidas; ven la disciplina y el control que ejercemos sobre nosotros mismos, y verán que nuestra conducta no es resultado de caprichos, que no estemos desahogando simplemente nuestros propios sentimientos y así encontrando alivio. Siempre sabrán que nosotros los amamos, que nos preocupa su bienestar y su beneficio en este mundo pecaminoso y malo. En consecuencia nacerá este respecto subyacente, esta admiración y cariño, este amor.

'Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos'. ¡Qué cosa tan tremenda es la vida! Qué maravillosas son todas estas relaciones— ¡marido, mujer; padres, hijos! En el mundo que nos rodea vemos que la gente se apresura para entrar al matrimonio y también se apresura para salir de él. En cuanto a tener hijos, ¡no tienen idea alguna de lo que significa la paternidad! Para muchos los hijos no son sino una molestia, a veces mimados en exceso, y otras veces castigados severamente; con frecuencia se los deja solos en el hogar mientras los padres salen a 'divertirse'; ¡muchas veces son enviados a internados para que sus padres puedan tener su propia libertad! Qué poca consideración se tiene del hijo, de su sufrimiento, de la tensión que se impone a su naturaleza sensible. La tragedia de todo ello consiste en que las vidas de tales personas no son gobernadas por la enseñanza del Nuevo Testamento; no están 'llenas del Espíritu'; y no tratan a sus hijos como Dios en su infinito amor, bondad y compasión nos ha tratado a nosotros. ¡Qué sería de nosotros si Dios nos tratara como nosotros tratamos a nuestros hijos! ¡Oh, cuan paciente es Dios! ¡Oh, cuan grande la longanimidad de Dios! ¡Oh, cuan asombrosa la forma de sobrellevar nuestro comportamiento malo tal como lo hizo con aquellos hijos de Israel en la antigüedad! Para mí no existe nada más asombroso que la paciencia de Dios, su longanimidad hacia nosotros. Dirigiéndome a personas cristianas y a todos los que de alguna forma son responsables por disciplinar a los hijos y a la gente joven, digo: 'Haya pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús'. Y haya también en nosotros el mismo amor para que 'no provoquemos a nuestros hijos a ira' lo cual significaría tener que llevar todas las funestas consecuencias de nuestro fracaso.

CRIAR HIJOS SEGÚN LA VOLUNTAD DE DIOS

Efesios 6:1-4

Hemos visto que la exhortación del apóstol a los padres tiene dos aspectos. Hay un lado negativo según el cual no debemos hacer nada que exaspere a nuestros hijos, nada que los irrite; no debemos provocarlos; y luego hay un lado positivo: 'Criadlos en disciplina y amonestación del Señor'. Así que ahora debemos prestar atención a este lado positivo del mandato del apóstol.

La forma misma en que el apóstol expresa su exhortación es interesante: 'criadlos', dice Pablo, lo cual no es sino otra forma de decir, 'educadlos, conducidlos a la madurez'. En otras palabras, lo primero que deben hacer es comprender su responsabilidad por los hijos. Como ya hemos subrayado, ellos no son nuestra propiedad, al fin de cuentas no nos pertenecen, sino que nos han sido dados temporalmente por Dios. ¿Con qué propósito? No para obtener lo que queramos de ellos, y simplemente usarlos para nuestro propio placer, o para gratificar nuestros propios deseos. No, nuestra responsabilidad es comprender que ellos deben ser 'criados', 'educados', 'sustentados', 'preparados' no sólo para vivir su vida en este mundo, sino esencialmente para establecer una correcta relación entre sus almas y Dios. Estos preceptos nos recuerdan la grandeza de la vida; y no existe nada más triste y trágico en el mundo actual que el fracaso de las multitudes de gente en lo que respecta a la comprensión de esta grandeza.

¡Qué cosa tan tremenda es el hecho de existir y vivir como individuos! Y si consideramos el reino del hogar y de la familia, esto se hace aun mas maravilloso. ¡Qué concepto tan grande nos ofrece la enseñanza del apóstol respecto de la paternidad y su función! El nos dice que estos hijos nos han sido concedidos para que los criemos, y eduquemos, y entrenemos en la forma de vivir. Los periódicos nos recuerdan constantemente del cuidado y la atención que la gente da a la crianza de diferentes tipos de animales. No es nada fácil entrenar a un animal, sea que se trate de un caballo o de un perro o de algún otro animal. Es algo que demanda tiempo y atención. Se debe tener en cuenta la dieta, los ejercicios deben ser planificados, se debe proveer un lugar adecuado donde dormir; el animal debe ser protegido de diferentes peligros, y tantas otras cosas. La gente paga grandes sumas de dinero y dedica considerable tiempo y presta mucha atención a la crianza y educación de un animal para hacer de él el ganador del premio en una exhibición. Y a veces uno tiene la impresión de que se dedica muy poco tiempo y cuidado, muy poca atención y consideración a la crianza de los hijos. Ese es un motivo por el cual el mundo está en las condiciones en que está y porque en la actualidad nos vemos confrontados a graves problemas sociales. Si la gente tan sólo diera tanta consideración a la crianza de sus hijos como le da a la crianza de animales y al cultivo de flores, la situación sería bastante distinta. La gente lee libros y escucha conferencias sobre estos otros asuntos y quiere saber con exactitud qué debe hacer. ¿Pero, cuánto tiempo se dedica a la consideración de este gran tema de la crianza de los hijos? Esto es algo que se da por sentado, que se hace de cualquier manera, y las consecuencias son lamentablemente obvios.

Por eso, si vamos a cumplir con el mandato del apóstol, debemos detenernos por un momento y considerar qué debemos hacer. Con la llegada del hijo debemos decirnos a nosotros mismos, "nosotros somos los guardianes y custodios de esta alma". ¡Qué tremenda responsabilidad! En los negocios y en las diferentes profesiones los hombres son totalmente conscientes de la gran responsabilidad que cae sobre ellos en las decisiones que deben tomar. ¿Pero acaso son conscientes de la responsabilidad infinitamente superior que llevan respecto a sus propios hijos? ¿Acaso le dedican tanta consideración y atención y tiempo, por no mencionar otras cosas? ¿Acaso es éste un asunto que les pesa tanto como la responsabilidad que sienten en

aquellos otros ámbitos de la vida? El apóstol nos ruega a considerar esto como el mayor negocio de la vida, el mayor de los asuntos que jamás habremos de manejar y cumplir.

El apóstol no se detiene allí: '... criadlos en la disciplina y amonestación del Señor'. Las dos palabras que utiliza son de gran interés. La diferencia entre ambas es que la primera, 'disciplina', es más general que la segunda. Implica la totalidad del acto de formar, criar, educar a un hijo. Por lo tanto incluye la disciplina en general. Y según lo señalan todas las autoridades, el énfasis está sobre las acciones. La segunda palabra, 'amonestación', hace más bien referencia a palabras que se dicen. 'Disciplina' es el término más bien general que incluye todo lo que hacemos por los hijos. Incluye en general todo el proceso de cultivar la mente y el espíritu, la moral y el comportamiento moral, toda la personalidad del niño. Esa es nuestra tarea. Se trata de velar por el niño, cuidarlo y guardarlo. Antes ya hemos visto este mismo término cuando considerábamos la relación de los maridos y sus esposas y donde se nos decía que el Señor mismo 'sustenta y cuida' a la iglesia. "Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia". Aquí se nos manda hacer lo mismo con nuestros hijos.

El significado de la palabra 'amonestación' es prácticamente el mismo excepto que pone mayor énfasis sobre las palabras dichas. De esta manera entonces hay dos aspectos en este asunto. En primer lugar debemos tratar con la conducta y comportamiento general, con las cosas que debemos hacer mediante nuestras acciones. Luego, además, hay ciertas amonestaciones que deben ser dirigidas al hijo, palabras de exhortación, palabras de aliento, palabras de reproche, palabras de culpa. El término de Pablo incluye a todas éstas, realmente incluye todo lo que decimos a los hijos mediante palabras, cada vez que estarnos definiendo posiciones e indicando lo que es recto y lo que es erróneo, cada vez que decimos palabras de aliento, exhortación y cosas por el estilo. Este es el significado de la palabra 'amonestación'.

Los hijos han de ser criados en 'disciplina y amonestación'—luego se añade lo más importante de todo—'del Señor'. 'En disciplina y amonestación del Señor'. Es en esto donde padres cristianos, entregados a sus deberes para con sus hijos, se encuentran en una categoría totalmente distinta a la de otros padres. En otras palabras, esta apelación dirigida a padres cristianos no simplemente les exhorta a criar a sus hijos en términos de moralidad general y buena conducta o de comportamiento recomendable en general. Eso, por supuesto, está incluido; es algo que todos deben hacer; también los padres no cristianos deben hacerlo. Ellos también deben estar preocupados por los buenos modales, el buen comportamiento en general, en evitar el mal; deben enseñar a sus hijos a ser honestos, responsables, respetuosos y todas estas cosas. Pero eso no es sino moralidad común y no cristianismo todavía. Incluso los escritores paganos, interesados en un buen ordenamiento de la sociedad, siempre han exhortado a sus compatriotas a enseñar estos principios. La sociedad no puede sobrevivir sin un mínimo de disciplina, ley y orden en cada nivel y en cada edad. Pero el apóstol no se refiere solamente a esto; afirma que los hijos de cristianos deben ser criados 'en disciplina y amonestación del Señor'.

Es aquí donde se introducen la enseñanza y el pensamiento peculiar y específicamente cristiano. Los padres cristianos siempre deben tener en mente, como suprema prioridad, que los hijos deben ser criados en el conocimiento del Señor Jesucristo como Salvador y Señor. Esa es la tarea peculiar a la que sólo los padres cristianos son llamados. No sólo es esta su tarea suprema, también debe ser su mayor deseo y ambición que esos hijos llegaran a conocer al Señor Jesucristo como Salvador y Señor. ¿Es esa la principal ambición para nuestros hijos? ¿Está esto en primer lugar? ¿Es lo más importante para nosotros que ellos lleguen a "conocer al Señor, lo cual significa alcanzar vida eterna"; que ellos puedan llegar a conocerle como su Salvador, que

puedan seguirle como su Señor? ¡'En disciplina y amonestación del Señor!' Estos son entonces los términos utilizados por el apóstol.

Llegamos ahora a la sección práctica de cómo se hace esto. Aquí nuevamente estamos ante un asunto que requiere nuestra más urgente atención. La Biblia en sí pone mucho énfasis en la educación de los hijos. Tómese por ejemplo, las palabras que se encuentran en Deuteronomio 6, Moisés ha llegado al final de su vida y los hijos de Israel están a punto de entrar a la tierra prometida. El les recuerda la ley de Dios y les dice cómo vivir una vez que hayan entrado a la tierra de su heredad. Y, entre otras cosas, tiene gran cuidado de decirles que deben enseñar la ley a sus hijos. No es suficiente con que ellos mismos la conozcan y la observen, además deben transmitirles sus conocimientos. Los niños deben ser enseñados en ella de modo de no olvidarla nunca. Por lo tanto repite dos veces el mandato en un mismo capítulo. Luego vuelve a ocurrir en el capítulo 11 de Deuteronomio y luego frecuentemente en diversas partes del Antiguo Testamento. Del mismo modo se lo encuentra en el Nuevo Testamento.

Es muy interesante observar que en la larga historia de la iglesia cristiana siempre vuelve a reaparecer este tema, recibiendo gran prominencia en cada una de las épocas de avivamiento y despertar. Los reformadores protestantes se preocuparon por este asunto. De modo que se asignó una gran importancia a la instrucción de los hijos en asuntos morales y espirituales. Los puritanos le dieron aun más prominencia, y los líderes del avivamiento evangélico de hace 200 años hicieron lo mismo. Se han escrito libros sobre este asunto y se han predicado muchos sermones.

Por supuesto, esto sucede porque cuando las personas se convierten al cristianismo la experiencia afecta todas sus vidas. No es sólo algo individual y personal, sino algo que afecta las relaciones matrimoniales y, en consecuencia, es mucho más reducido el número de divorcios entre personas cristianas que entre personas no cristianas. Afecta también a la vida familiar; afecta a los niños, afecta al hogar; afecta también a cada aspecto de la vida humana. Las mejores épocas en la historia de este país y de otros han sido aquellos años que siguieron inmediatamente a un despertar religioso, a un avivamiento de verdadera religión. El tono moral de toda una sociedad fue elevado; y aun aquellos que no se convirtieron en cristianos fueron influenciados y afectados por ello.

En otras palabras, no hay esperanza de tratar con los problemas morales de la sociedad excepto en términos del evangelio de Cristo. Nunca se establecerá auténtica justicia aparte de la verdadera fe en Dios; pero cuando la gente se vuelve a Dios, comienza a aplicar sus principios a la vida entera y entonces la justicia se ve en la nación entera. Pero desafortunadamente, por alguna razón, este aspecto del asunto ha sido lamentablemente descuidado durante el presente siglo. Es un hecho que debemos reconocer. Es una parte de la crisis que hemos estado considerando y que afecta a la vida, a la moralidad, al hogar, y a otros aspectos de la vida. Es una parte de la enloquecida carrera en la que todos vivimos y por la cual estamos afectados en tan gran manera. Por un motivo u otro, la familia no tiene la importancia que solía tener. Ya no es el centro ni la unidad que solía ser antes. En cierta manera todo el concepto de la vida familiar ha ido declinando; y, por cierto, se ve algo de ello en esferas cristianas. La importancia central de la familia, tal como se encuentra en la Biblia y en las grandes épocas a las que nos hemos referido, parece haber desaparecido. Ya no se le da la atención y la prominencia de antes. Por todo ello es tanto más importante para nosotros descubrir los principios que deben gobernarnos en este asunto.

En primer lugar, y sobre todo, la crianza de los hijos 'en disciplina y amonestación del Señor' es algo que debe ser hecho en el hogar y por los padres. Este es el énfasis a través de toda

la Biblia. No es esto algo que pueda ser delegado a la escuela, por muy buena que ella sea. Esta es una tarea que corresponde a los padres, es su tarea principal y más importante. Esta es su responsabilidad y no deben delegarla a otros. Estoy subrayando este asunto, porque todos somos conscientes de lo que ha estado sucediendo en forma creciente durante el presente siglo. Más y más los padres han ido transfiriendo sus responsabilidades y sus deberes a las escuelas.

Considero esto como un asunto de la más grave importancia. No hay influencia más grande en la vida de un niño, que la del hogar. El hogar es la unidad fundamental de la sociedad y los hijos nacen en un hogar, en una familia. Es el círculo que ha de ser la principal influencia en sus vidas. No hay dudas al respecto. Esa es, en todas partes, la enseñanza de la Biblia. Y son en las así llamadas civilizaciones donde comienzan a deteriorarse los conceptos referidos al hogar, que la sociedad termina por desintegrarse. De modo que llega a ser una responsabilidad de los cristianos considerar y reconsiderar muy cuidadosamente todo el tema de las escuelas con internado. Los padres deben considerar si es correcto enviar a su hijo a algún tipo de vida institucional donde pasan la mitad del año lejos del hogar y de su influencia tan especial y peculiar. ¿Es esto algo que pueda ser reconciliado con la enseñanza bíblica? Esta es una cuestión de carácter urgente, porque ha llegado a ser más o menos la costumbre y práctica de prácticamente todos los cristianos evangélicos que están en condiciones de hacerlo.

La enseñanza de las Escrituras es que el bienestar del niño, el alma del niño, siempre debe ser la primera consideración; todos los demás asuntos de prestigio—por no usar otro término—y todos los motivos de ambición, deben decididamente desecharse. Todo aquello que milite contra el alma del niño y su conocimiento de Dios y del Señor Jesucristo debe ser rechazado. Invariablemente, la primera consideración debe ser el alma y su relación con Dios. No importa cuan buena sea la educación ofrecida por una escuela con internado, si milita contra el bienestar del alma debe ser desechada. La promoción de ese bienestar es el factor esencial en la 'disciplina y amonestación del Señor'; ello constituye el deber y la tarea principal de los padres.

Es completamente obvio que en el Antiguo Testamento el padre era una especie de sacerdote en su hogar y familia; representaba a Dios. Era responsable no solamente de la moral y el comportamiento sino también de la instrucción de sus hijos. En todas partes el énfasis de la Biblia es que esa es la tarea y el deber principal de los padres. Y así lo sigue siendo en la actualidad. Si realmente somos cristianos, debemos comprender que ese gran énfasis está basado en las instituciones fundamentales establecidas por Dios: matrimonio, familia y hogar. Con ellas no se puede jugar. Es en vano decir, como lo hace la mayoría de aquellos que envían a sus hijos a escuelas con internado: "Es algo que todos hacen, además provee un maravilloso sistema de educación". La pregunta suprema es ésta: ¿Es bíblico? ¿Es cristiano? ¿Es ésta realmente la forma de ministrar los intereses presentes y eternos del alma del niño?

Me atrevo a profetizar que la recuperación de la espiritualidad y moralidad en Gran Bretaña va a ocurrir conforme a este lineamiento. Una vez más los cristianos tendrán que pensar por sí mismos. Una vez más se requiere que seamos pioneros así como lo fue el pueblo de Dios en tiempos pasados; entonces los demás nos seguirán. Debemos considerar hasta qué punto el sistema de las escuelas con internos que mantiene a los hijos lejos del hogar, son responsables de la crisis moral de este país. No me limito a pensar en pecados particulares, sino en toda la actitud de los hijos hacia sus propios hogares. El hogar no debe ser un lugar donde los niños pasan los días de fiesta. Sin embargo, hay muchos niños para quienes el hogar no es sino un lugar donde pasar los días festivos, y sus padres, en vez de tratarlos como corresponde, tienden a ser indulgentes con ellos porque están solamente por unos pocos días en casa. En ese caso toda la

idea de la disciplina y crianza del niño 'en disciplina y amonestación del Señor' se pierde de vista. Pero, se podrá objetar, existen muchas circunstancias especiales. Si las circunstancias especiales pueden ser comprobadas estoy de acuerdo. Pero si no existen, la regla debe ser el principio que he expuesto; en realidad hay muy pocas circunstancias especiales. La tarea principal del hogar y de los padres es totalmente clara.

¿Qué es lo que deben hacer los padres? Los padres deben complementar la enseñanza de la iglesia y deben aplicar la enseñanza de la iglesia. Es tan poco lo que se puede hacer mediante un sermón. El sermón debe ser aplicado, debe ser explicado, entendido y suplementado. Es allí donde los padres deben hacer su parte. Y si esto siempre fue importante y correcto, ¡cuánto más ahora que antes! Pregunto a los padres cristianos: ¿Alguna vez han considerado seriamente este asunto? La tarea que ustedes encaran es más grande que la tarea hecha por los padres hasta ahora, y esto por la siguiente razón. Consideren lo que se enseña a los hijos en la escuela. Se les enseña como un hecho la teoría e hipótesis de la evolución orgánica. El asunto no les es presentado como una mera teoría que no ha sido comprobada, sino les da la impresión de tratarse de un hecho absoluto y que todos los científicos y estudiosos lo creen. La impresión es que si no la aceptan se los considera como necios. Es una situación que debemos encarar. También se está enseñando la alta crítica de la Biblia con sus supuestos 'resultados seguros'. Conozco personalmente a maestros de escuela que están usando textos que fueron publicados treinta o cuarenta años atrás. Pocos de ellos conocen los cambios que han tenido lugar, aun entre los de la alta crítica. Se enseñan perversidades a los niños, tanto en las escuelas como en la radio y también en las pantallas de TV. Todo el énfasis es puesto en formas de pensar opuestas a Dios, a la Biblia, al verdadero cristianismo, a los milagros, a lo sobrenatural. ¿Quién va a contrarrestar estas tendencias? Esa es precisamente la responsabilidad de los padres. 'Criarlos en la disciplina y amonestación del Señor'. Puesto que las fuerzas contrarias a nosotros hoy día son muchas, se demanda un inmenso esfuerzo por parte de los padres. Hoy los padres cristianos tienen la tarea particularmente difícil de proteger a sus hijos contra estas fuerzas poderosas y adversas que tratan de introducirse en sus vidas.

¡Esta es pues la situación! Para ser práctico, quisiera, en segundo lugar, demostrar la forma en que esto no debe hacerse. Hay una forma de querer combatir esta situación que es totalmente desastrosa, y que causa más daño que beneficio. ¿Cuál es la forma incorrecta de hacerlo? Nunca debe hacerse en forma mecánica y abstracta, casi 'por números', como si se tratara de algún tipo de ejercicio que debe aprenderse de memoria. En este sentido recuerdo una experiencia propia, ocurrida aproximadamente hace diez años. Mientras predicaba en cierto lugar me hospedé en casa de unos amigos, y descubrí que la esposa y madre de la familia estaba en un estado de aguda aflicción. En la conversación descubrí la causa de su angustia. Esa misma semana cierta dama había estado allí dando conferencias sobre el tema "Cómo criar a todos sus hijos como buenos cristianos". ¡Aquello era maravilloso! Ella tenía cinco o seis hijos, y había organizado su hogar y su vida de tal manera de terminar todas las tareas domésticas a las nueve de la mañana. Luego se dedicaba a diversas actividades cristianas. Todos sus hijos eran buenos cristianos, y daba la impresión de ser todo tan fácil, tan maravilloso. La madre que estaba hablando conmigo y que tenía dos hijos estaba en un estado de verdadera aflicción, porque se sentía completa y totalmente fracasada. ¿Qué tenía por decirle yo? Le dije esto: "Un momento, ¿qué edad tienen los hijos de aquella dama?" Por casualidad yo conocía la respuesta y también la conocía la señora que hablaba conmigo. En aquel momento ninguno de los hijos tenía más que dieciséis años. Entonces proseguí, "Espere y vea. Esta dama dice que todos sus hijos son cristianos, y que solo se necesita un esquema que luego pueda ejecutar regularmente. Espere un

poco; en unos pocos años la historia puede ser diferente". Y en efecto, la historia resultó ser muy diferente. Es dudable que más de uno de aquellos hijos sea cristiano. Varios de ellos son abiertamente contrarios a la fe cristiana, habiendo dado sus espaldas a todo esto. No era esa la forma de criar a los hijos como cristianos. No se trata de un proceso mecánico y en todo caso todo era demasiado frío y analítico. En otro lugar, tuve noticias de que aquella misma dama volvía a dar su conferencia. Pero en aquel auditorio hubo alguien con cierto entendimiento y discernimiento del asunto. Escuchando el discurso, dicha persona, una dama, hizo lo que considero un comentario muy adecuado. A la salida se dirigió a algunos amigos para decir: "¡Gracias a Dios que ella no fue mi madre!" Pareció un chiste, pero al mismo tiempo había algo trágico en ello. Lo que quiso decir con aquel comentario es que allí no había amor, no había calor de hogar. He aquí una mujer, orgullosa de sí misma; lo hacía todo 'por números', mecánicamente. ¡Qué maravillosa era como madre! Esta otra mujer detectó la falta de amor allí, la falta de auténtico entendimiento; no había nada allí que alentara el corazón de un niño. Un hijo no es una máquina; por lo tanto, esta tarea no se puede hacer mecánicamente.

Por otra parte, esta tarea tampoco debe hacerse en forma totalmente negativa o represiva. Si da a sus hijos la impresión de que el hecho de ser religioso es ser miserable y que la fe consiste de prohibiciones y constantes represiones, bien podrá estarlos impulsando a los brazos del diablo y al mundo. Nunca sea totalmente negativo o represivo. Esto es una tragedia que encuentro alrededor. La gente me habla al final de un culto y dice: "Hace veinte años que he entrado en un templo". Yo pregunto, "¿Cómo es posible?" Entonces me cuenta que había reaccionado contra la dureza y el carácter represivo de la religión en la cual fueron criados. No tenían ningún concepto del cristianismo. Lo que veían no era el cristianismo, sino una religión severa, hecha por el hombre, un falso puritanismo. Por cierto, todavía existen personas que solamente presentan una caricatura del verdadero puritanismo. Son personas que nunca han entendido su verdadera enseñanza. Personas que han visto el aspecto negativo pero nunca el positivo. Es algo que causa mucho daño.

En tercer lugar, al criar a nuestros hijos en la 'disciplina y amonestación del Señor' debemos hacerlo de tal manera de no convertirlos en pequeños mojigatos o hipócritas. También he visto muchos casos de esto. Me apena mucho, en realidad me repugna escuchar a niños utilizando frases piadosas que realmente no entienden. Pero sus padres están orgullosos de ellos y dicen: "Escúchelos, ¿acaso no es maravilloso cómo hablan?". Los hijos son demasiado jóvenes para entender esas cosas. Yo sé que a muchos niños les gusta jugar a la predicación. Ese comportamiento infantil puede ser excusable, pero cuando los padres comienzan a pensar que es maravilloso e impulsan a los niños a hacerlo ante la mirada asombrada de los adultos creo que en ese caso es poco menos que una blasfemia. Por cierto, es algo que daña a los niños. Es algo que los convierte en pequeños mojigatos, en pequeños hipócritas.

Mi última negativa referida a este punto es que nunca debemos forzar a un niño a tomar una decisión. Cuántos problemas y fracasos han surgido por esta causa. "¿No es acaso maravilloso?", dicen los padres, "mi pequeño fulano de tal, que todavía es un niño, tomó su decisión por Cristo". En la reunión se había ejercido cierta presión. Pero eso es algo que jamás debe hacerse; está violando la personalidad del niño. Además, por supuesto, está exhibiendo una profunda ignorancia en cuanto al camino de la salvación. Puede llevar a un niño a que decida cualquier cosa. Cuenta con el poder y la capacidad de hacerlo; sin embargo, es erróneo, es algo ajeno al cristianismo, no es espiritual. En otras palabras, nunca debemos ser demasiado directos en este asunto, especialmente con un niño; nunca debemos ser demasiado emocionantes. Si su hijo se siente molesto cuando le habla de los asuntos espirituales, o si está hablando al hijo de

otra persona y se siente molesto, su método obviamente es equivocado. El hijo nunca debe sentirse molesto. Si se siente así, es porque usted es demasiado directo, o demasiado emocionante, o está ejerciendo cierta presión. No es esa la forma de hacer este trabajo.

En este sentido también he visto algunas tragedias. Recuerdo el caso particular de dos jóvenes que aún no habían cumplido los quince o dieciséis años. Los padres los estaban presionando constantemente. En uno de los casos los padres solían escribir acerca de sus hijos dando la impresión de que eran cristianos sobresalientes. Actualmente ambos jóvenes han repudiado completamente la fe cristiana de modo que la tienen por algo inútil. Los padres cristianos siempre deben recordar que están tratando con una vida, una personalidad, un alma. Mi consejo es: No utilizar presión para con sus hijos. No los fuerce a tomar una decisión. Conozco la ansiedad que sienten los padres. Es algo muy natural; pero si somos espirituales, si estamos 'llenos del Espíritu' nunca hemos de violar una personalidad, nunca hemos de ejercer una presión injusta sobre un niño. De manera que nuestra enseñanza nunca debe ser demasiado directa, o demasiado emocionante. Es algo que nunca debe hacerse de manera que los niños se sientan desleales hacia nosotros si no profesan la fe. Hacerlo será imperdonable.

¿Cuál es entonces la forma correcta? Permítanme darles algunas sugerencias. Tiempo atrás solía haber en las casas un pequeño cuadro en la pared con la siguiente oración: 'Cristo es la cabeza de este hogar'; en algunos hogares todavía lo veo. No estoy abogando por el uso de tales cuadros o textos; sin embargo, había algo positivo en la idea. En el Antiguo Testamento leemos que los hijos de Israel recibían instrucciones de 'escribirlas (las palabras del Señor) sobre los postes de las puertas'. El motivo es que somos criaturas muy olvidadizas. Movidos parcialmente por el mismo motivo, los primeros protestantes solían pintar los Diez Mandamientos en las paredes de sus templos. Pero, sea que use un cuadro o no, lo importante es siempre dar la impresión de que Cristo es la cabeza de la casa o del hogar.

¿Cómo se logra dar esa impresión? ¡Primeramente a través de su conducta y ejemplo general! Los padres siempre deben vivir de tal manera que los hijos tengan la sensación de que ellos están bajo Cristo, que Cristo es su cabeza. Es un hecho que debe ser obvio a través de su conducta y comportamiento. Sobre todas las cosas debe haber una atmósfera de amor. 'No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu'. Ese es nuestro texto dominante en todo esto como en cada una de las aplicaciones particulares. El fruto del Espíritu es amor, y si el hogar está lleno de una atmósfera de amor producido por el Espíritu, la mayoría de sus problemas estarán solucionados. Ese es el elemento que hace la obra, no es la presión directa ni las apelaciones, sino una atmósfera de amor.

¿Que más? ¡La conversación en general! En la mesa o donde quiera que se encuentran, es de suma importancia la conversación general. Quizás estemos escuchando las noticias en la radio y la conversación comience referida a ellas. Entonces se hace mención de los grandes asuntos—conflictos internacionales, política, problemas industriales, etc. Una parte de nuestra tarea de criar a los hijos en la disciplina y amonestación del Señor es lograr que aun esa conversación general siempre sea conducida en términos cristianos. Siempre debemos introducir el punto de vista cristiano. Los niños oirán a otras personas hablando sobre los mismos temas. Quizás al andar por el camino escuchen a dos hombres discutiendo sobre el mismo asunto que antes habían oído discutir en el hogar. Inmediatamente notarán una gran diferencia; en el hogar todo el enfoque fue diferente.

En otras partes, el punto de vista cristiano debe ser introducido a toda la vida. Ya sea que esté discutiendo asuntos internacionales o problemas locales, asuntos personales o asuntos de negocios—sea lo que fuere—todo tema debe ser considerado bajo este encabezamiento general

del cristianismo. Este punto es de suprema importancia, porque al hacerlo así los niños inconscientemente se dan cuenta que las vidas de sus padres son gobernadas por un principio; su forma de pensar y todo lo demás referido a ellos es diferente a todo lo que ven y escuchan en el mundo incrédulo. Toda la atmósfera es diferente. De esa manera los hijos llegan a darse cuenta gradualmente y casi inconscientemente de que existe tal cosa como un punto de vista cristiano. Ese es el verdadero triunfo. Una vez que ellos son conscientes de tal hecho el problema se hace mucho más fácil.

El asunto que sigue es el de las respuestas que damos a sus preguntas. Allí el padre cristiano tiene una gran oportunidad. Yo sé que a veces es extremadamente difícil; pero al responder a sus preguntas, se le ofrece una ocasión especial. Me gusta la forma en que el asunto es introducido en Deuteronomio 6:20: "Mañana cuando te preguntare tu hijo, diciendo: ¿Qué significan los testimonios y estatutos y decretos que Jehová nuestro Dios os mandó? Entonces dirás a tu hijo: Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano poderosa". En otras palabras, vendrá el día cuando los hijos hagan preguntas como estas: "¿Por qué hacen ustedes esto o aquello? El padre y la madre de mi amiguito hacen esto, ¿Por qué no lo hacen ustedes?" Allí ha recibido una oportunidad de criar a su hijo 'en la disciplina y amonestación del Señor'. Pero para aprovechar la oportunidad debemos saber la respuesta correcta y estar capacitados para darla. No puede 'dar razón de la esperanza que hay en usted', no puede criar a sus hijos en la disciplina y amonestación del Señor a menos que conozca su Biblia y su enseñanza. "¿Por qué no hacen ustedes esto, por qué no hacen aquello? Los padres de mis amigos pasan las noches en casas públicas; pero tú no lo haces. Ellos pasan las noches en clubes, pasan las noches bailando; pero tú no; ¿Por qué? ¿Cuál es la diferencia?" Cuando sea interrogado de esa manera, no aleje su niño ni diga: "Bien, como ves, nosotros somos completamente diferentes, y así es como nosotros preferimos hacerlo". No; en cambio querrá decir a su hijo: "Para comenzar, diremos que en el interior todos somos iguales; y no nos comportamos de esta forma diferente por ser naturalmente mejores que otros. No es esa la explicación. No es que yo tenga un temperamento y los otros padres tengan uno diferente. Todos nosotros somos 'nacidos en pecado', por naturaleza todos somos esclavos de diferentes cosas. Dentro de todos nosotros hay algo que está mal; hay un principio del mal en todos nosotros y ninguno conoce verdaderamente a Dios. Ahora bien, la diferencia es ésta, que Dios me ha hecho ver cuan equivocadas son ciertas cosas. Pero yo todavía sería como los padres de tus amigos si no fuera que crea y sepa que Dios ha enviado a su único Hijo, al Señor Jesús, de quien ya has oído, a este mundo para rescatarnos, y librarnos". De esa manera introduce el evangelio; pero uno mismo debe decidir cuánto va a introducir. Ello depende de la edad del niño. Pero conteste sus preguntas, hágale saber, hágale saber exactamente cuando él hace sus preguntas por qué vive como vive. No se lo debe imponer, no debe predicarle; pero si él hace sus preguntas, entonces dígaselo, explíqueselo con toda sencillez. A medida que va creciendo, profundice sus enseñanzas; pero esté siempre dispuesto a contestar sus preguntas. Conozca sus propios argumentos, entienda su evangelio, edifíquese a sí mismo, para que pueda enseñarlo a otros y transmitirlo. De esa manera será capaz de criar a sus hijos en la 'disciplina y amonestación del Señor'.

Luego puede guiar sus lecturas. Hágale leer buenas biografías. Las biografías le interesarán. Guíe sus lecturas en diferentes maneras; guíe sus mentes en dirección correcta, y hágales conocer la gloria de la fe cristiana puesta en acción.

¿Qué más? Cada vez que coman juntos tenga el cuidado de dar gracias a Dios por ello y de pedir su bendición sobre los alimentos. En la actualidad es raro que se haga esto, excepto en aquellos que son cristianos. Si sus hijos se acostumbran a oírle dando gracias a Dios, a hacer

oraciones de gratitud, y a pedir una bendición, ello resultará de beneficio para sus vidas. Extiéndase aun más. Tenga lo que se llama un altar familiar. Esto significa que por lo menos una vez al día se reúne toda la familia alrededor de la Palabra de Dios. El padre como cabeza de la casa debe leer un pasaje de las Escrituras y elevar una sencilla oración. No es preciso que sea muy extenso, sino que haya este reconocimiento de Dios y esta gratitud hacia Dios por el Señor Jesucristo. Que los hijos escuchen regularmente la palabra de Dios. Si hacen preguntas al respecto, contéstelas. En la medida de su capacidad instrúyalos en la Palabra de Dios. Sea sabio, sea juicioso. No haga de ello algo insípido, algo odioso o aburrido. Conviértalo en algo que ellos esperen, algo que ellos quieran y en lo cual se deleiten.

En otras palabras, para resumirlo todo, lo que debemos hacer es que el cristianismo sea atractivo. Debemos dar la impresión a nuestros niños de que lo más maravilloso del mundo es el cristianismo; y que no hay nada en la vida comparable al hecho de ser cristianos. Debemos crear en el interior de ellos el deseo de ser como nosotros. Ellos nos ven a nosotros y ven el gozo que encontramos en esta fe, y la forma en que nos maravillamos y asombramos ante ella. Ellos deben decirse a sí mismos, "quisiera tener la edad de ellos para poder disfrutarlo como obviamente ellos lo disfrutan". Nuestro método nunca debe ser mecánico, legal o represivo. Nuestro testimonio nunca debe ser forzado, sino que en todo lo que somos, hacemos y decimos ellos deben ver que 'somos esclavos de Jesucristo', que Dios en su gracia nos ha abierto los ojos y nos ha despertado a lo más glorioso que existe en el mundo, y que nuestro mayor deseo para ellos es que puedan tener el mismo conocimiento y el mismo gozo, y que también tengan ellos el mayor de los privilegios de este mundo, cual es el de servir al Señor y vivir para la alabanza de la gloria de su gracia. Sea cual fuere su trabajo, sea hombre de negocios o profesional o trabajador manual o predicador, haga todas las cosas para la gloria de Dios, y de esa manera estará criando a sus hijos 'en la disciplina y amonestación del Señor'.
